

R 129992

19 AGOS. 1935

REVISTA DE ESTVDIOS HISPANICOS



MADRID

7

JULIO 1935

SUMARIO

LA INNOVACION DEL MUNDO <i>por Leopoldo Eulogio Palacios. . . .</i>	Pág. 5
LA ENSEÑANZA Y LA REVISION CONSTITUCIONAL <i>M. Herrero-García.</i>	» 17
NOTAS BIBLIOGRATICAS DE PE- DRO DE MEDINA <i>por Luis Toro Buiza.</i>	» 31
■	
MOVIMIENTO LITERARIO EN ITALIA. <i>por Lucio Ambruzzi.</i>	» 39
■	
EPOS DE LOS DESTINOS <i>por Eugenio d'Ors.</i>	» 47
■	
ELECTRIFICACION DE FERRO- CARRILES ESPAÑOLES <i>por A. Gibert y J. M. Navarrete. . .</i>	» 59
■	
DICCIONARIO DE AUTORIDADES	» 71
■	
HISPANOAMERICANISMO <i>por M. Ballesteros</i>	
■	
LA ACADEMIA DE BELLAS AR- TES DE VALLADOLID.	
■	
TEATRO <i>por Luis Escobar.</i>	
TRIBUNAS Y LIBROS <i>por M. Herrero-García.</i>	

REVISTA DE
ESTVDIOS
HISPANICOS



MADRID

7

JULIO 1935

REVISTA DE
ESTUDIOS
HISPANICOS

MADRID

MADRID

La Revista

ESTUDIOS
HISPANICOS

Publicará el próximo mes de agosto un número extraordinario en celebración del tercer centenario de la muerte de

LOPE DE VEGA



En este número aparecerá el resultado de los dos Concursos, literario y artístico, abiertos por la Revista, y se publicarán los trabajos premiados, más otros originales sobre

LOPE DE VEGA

La Revista
ESTUDIOS
HISPANICOS

Publicada el próximo mes de
julio en número extraordinario
dedicada a la celebración del ter-
cer centenario de la muerte de

LOPE DE VEGA

En este número aparecen el nacimiento de los
dos dramaturgos hispanos y estudios sobre
los por la Revista y se publican los re-
sultados de las investigaciones sobre

LOPE DE VEGA

La innovación del mundo

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva: porque se fué el primer cielo y la primera tierra». Y en la visión de este tránsito se le quedaban a San Juan los ojos en éxtasis, y su cabeza se reclinaba en el regazo de las palabras divinas, mientras la llama de su espíritu iba recorriendo como una estrella la ruta del porvenir del hombre.

No podía faltar un libro de profecía en el depósito de la nueva alianza, en la sagrada herencia del Nuevo Testamento. Si faltase, la herencia del cristiano se vería frustrada en uno de sus fines primordiales, y el tesoro de la revelación sería incompleto. Porque ni los libros legales, ni el histórico, ni los didácticos logran proveer de satisfacción cumplida a esa necesidad que tiene el hombre de saber a qué atenerse con respecto al porvenir de su raza y de su mundo, que es también el porvenir de cada persona humana.

Si nos preguntásemos en qué se funda esta necesidad responderíamos que en el sentido de la vida misma. El hombre necesita saber adónde va, qué punto del horizonte ha prede-terminado su mirada para dirigir sus pasos, y anticipar así sobre la arena confusa y virgen de su futuro la huella de su destino. El sentido le viene dado a la vida por la necesidad que todos tenemos de prefijarla un rumbo y una trayectoria que se extienda desde un término del presente a un término del futuro. Si el hombre no pudiese traspasar con la mirada el velo del presente, si no lograra proponer a su momento actual

otro fin que su actualidad misma, la vida humana dejaría propiamente de serlo, para reducirse a un proceso vital de la naturaleza, inevitable y necesario; sería nula esa posibilidad que goza el hombre de escoger los términos de su carrera. La vida humana, para serlo, necesita, pues, llevar implícito en su trayectoria presente el fin a que se encamina, el punto del horizonte a cuyo extremo, término o límite se endereza. La vida humana se nos evidencia así como proceso teleológico.

Empero, no todo es albedrío y omnipotencia en el hombre que quiere elegir destino. Su capacidad de elección está limitada a diestra y siniestra por el caudal de posibilidades que tiene a mano, grande, es verdad, pero no infinito. Y como el hombre no puede hacerlo todo, sino solamente aquello que le consiente la naturaleza de su persona, henos aquí al individuo humano preguntándose por ésta, investigando en ella como en la clave de su destino. Y como donde florecen con una claridad mayor las actividades del hombre es en la historia, allí va a solicitar la norma de su vida, y allí es donde encuentra admonición y ejemplo para su vivir futuro. Si así no fuese no entenderíamos por qué, Cicerón el primero, viene, durante siglos, llamándose a la historia *maestra de la vida*.

Pero como en el muchacho se despiertan inquietudes y rebeldías contra la férula del maestro, así en el hombre se exaltan desdenes que menosprecian las lecciones de la historia, y, como muchacho indócil a sus mayores, huye al campo libre de sus correrías, iluso de un porvenir gozoso donde el pasado no gravite. Este es el momento en que el hombre empieza a desconfiar de la historia, a sentir como insuficiente el pasado como norma y regla del porvenir, y a quererle suplantarse por el porvenir mismo. Ha llegado el momento del profeta. Porque yo defino al profetismo así: *la suplantación del pasado como norma del porvenir por un futuro que es norma de sí mismo*.

Este salto volandero hacia la ingravidez del mañana que constituye el profetismo es un fenómeno constante en el curso de las generaciones humanas, y surge del corazón en su perpe-

tuo afán de proponerse fines que trasciendan las posibilidades mismas de su naturaleza, reflejada en la historia. El hombre no se contenta con su historia. Antes bien, parece que ésta le enseña su pequeñez relativa, el fracaso perenne de sus empeños, solicitudes e iniciativas más altas; y al advertirle así el desengaño de sus propósitos le invita por lo bajo a despreciarla, y a buscar apocalípticamente más allá de sus limitaciones, en un mundo innovado, reciente y feliz, la satisfacción de sus ansias. La necesidad que tiene el hombre de dar sentido a su vida buscando una playa a su rumbo y un término a su trayectoria, término que, como hemos visto, no se contenta ya con situar en el horizonte de este mundo, no es en última instancia sino la necesidad que tiene el hombre de ser feliz. Como ve que no lo ha sido en el pasado, en la historia, quiere trascender sus límites, y se aferra desesperadamente —o mejor, con todas sus esperanzas— a la profecía.

¿Qué sería del cristiano si este margen de esperanza que le deja la historia y colma la profecía no tuviese el libro suyo, comunicado por el aliento celestial, en el Apocalipsis? Y no sólo éste, mas también los Evangelios, con sus bienaventuranzas y promesas, le descubren ese futuro ultraterreno, dándole refrigerio y alivio para la cotidiana existencia. En este regazo amoroso de los cielos, triunfo de nuestro camino, es donde tras largo viaje, trémula y sin fuerzas, desfallecía la jaculatoria de San Agustín: *Feciste nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*. El horizonte de este mundo es ya muy corto para la mirada ardiente que en virtud del profetismo cristiano logra traspasar sus límites y asegurarse de otra existencia y otra vida. Y como la otra vida es, además, la que le concede su sentido a ésta, el cristiano se ve impelido a solicitar en aquélla el punto final de la trayectoria de su vivir presente. Ya no es la vida del cristiano un mero proceso causal, ni siquiera teleológico, a la manera del que busca la clave de su destino en la historia, maestra de los mortales. El fin de la vida cristiana son sus postrimerías, sus ἐσχάται. *La vida es un proceso escatológico.*

No creo imposible probar que la vida humana y la escatología se enlazan por un nexo necesario y esencial. Mas ahora no aspiran mis propósitos a tamaña empresa. Quisiera sólo esbozar este nexo en una de sus manifestaciones más patentes. Y es que al perder el hombre moderno su fe en las postrimerías cristianas, en las *ἐσχατίαι* del Nuevo Testamento, en los fines que trascienden al mundo, perdura la concepción escatológica de la vida, que, como enlazada necesariamente a ésta, es indestructible.

¿Por qué este hombre moderno, hombre que podríamos centrar en el siglo XVIII, está a disgusto consigo mismo, está a disgusto con su historia? Parece que debería de ser todo lo contrario. Este hombre cuenta ya con una filosofía madura que no ha tenido otra misión que exaltarle a él mismo, que halagarle su naturaleza y su razón —el racionalismo—. Además, si este hombre se llama Voltaire o Condorcet, posee a fondo la ciencia de la historia, y escribe profusas páginas sobre el pasado humano. En fin, el medio social en que se mueve está embebido en gentileza y amabilidad; vive en el siglo de las fulgurantes cortes de Luis XV o Federico II, disfrutando de un ambiente de grácil donosura: se diría que todo le sonríe. Y, sin embargo, este hombre sufre la pesadumbre de su descontento. Cuando escribe historia, su tarea consiste en realzar la estulticia humana, que ha creado instituciones de las que el hombre no ha menester alguno, dada la bondad espontánea de su naturaleza. La lección de la historia es enteramente negativa; pero nos deja margen amplio en el futuro para destruir sus resultados, para desencadenar la revolución liberadora. Está ya próximo el año apocalíptico de 1789.

O triste muse de l'histoire,
Ne grave plus a la memoire
Ce qui doit perir á jamais!

Estos versos de la oda «Sur le passé et le present» los escribía Voltaire en 1775. Su fe en el hombre y en la historia, que es el espejo de sus actividades, era, como vemos, nula. En

cambio, el porvenir le encendía los ojos de esperanza apocalíptica, porque leemos unos renglones más abajo:

Contemple la brillante aurore
Qui t'annonce en fin les beaux jours :
Un nouveau monde est près d'éclorre.

Sañaba, sin duda, con el éxito de la revolución y de la filosofía; entristecido el historiador, se alegraba el profeta. Y como las profecías y promesas del cristianismo sobre un mundo mejor más allá de éste eran letra difunta para él, y en cambio resplandecía vivísimo el anhelo que él y sus contemporáneos sentían de alcanzarlo, no tenía más solución que proyectar y plasmar en este mundo limitado y efímero la visión de la bienaventuranza gloriosa que pone el cristianismo en el otro.

La visión de ese tránsito feliz que sacude todo lo caduco y hace retoñar eternamente el árbol de la vida, bienaventurada ya la tierra, es tan apocalíptica en su carácter y tan profética en su anunciamento como la innovación del mundo de que nos habla San Juan.

Condorcet es en ésto más visionario todavía que Voltaire, más iluso que sus contemporáneos todos. A él se debe la profecía cumbre, la corona del edificio ideológico habitado por el hombre medio en el transcurso de estos dos siglos últimos, el más sorprendente apocalipsis de la época moderna: el progreso.

No olvidemos que Condorcet, al escribir su *Esquisse d'un tableau historique des progres de l'esprit humain*, es, ante todo, un historiador. Este historiador no se aproxima, empero, a los hechos históricos inductivamente, para examinarlos por aislado e inferir, como resultado de este examen, la ley que los regía, la ley del progreso. Ocurre a la inversa: Condorcet deduce todo el acontecer histórico de una ley *a priori*, que es la mencionada. Sospechamos que el pasado le interesa muy poco; lo admite y hace su historia porque su teoría del progreso indefinido tenía que haber empezado a

realizarse en los orígenes mismos de la humanidad; pero a Condorcet lo que le interesa no es el estado actual del mundo, producto del pasado, fruto de la civilización, sino el futuro próximo, apocalíptico, en que todo sea innovado. «Si existe la ciencia de prever los progresos de la especie humana, de dirigirlos y de acelerarlos —dice— la historia de los que ha realizado debe ser su base principal.» Su concepto de la historia es optimista, no porque el ayer le muestre grandes cosas, a él, hijo privilegiado y desdeñoso del siglo de las luces, sino porque necesita, para sostener la validez universal de su ley del progreso indefinido, afirmar que ya se manifiesta en el pasado. «Tal es la bella empresa que ha emprendido», afirma. Desea mostrar en su obra «que la perfectibilidad del hombre es realmente indefinida; que los progresos de esta perfectibilidad, independientes de todo poder que quisiera detenerlos, no tiene más término que la duración del globo en que nos ha lanzado la naturaleza».

Acaso, en un instante de profundo abatimiento, en el frío y silencioso remanso de la prisión a donde el furor y demasía de sus correligionarios le redujeron, pensara Condorcet, helado ya entre las paredes frías su optimismo, cuán desabrigado le abandonaba su fe en el progreso, él que tendría que envenenarse estoicamente para evitar el patíbulo. ¿Qué es, al fin y al cabo, hablar de progreso indefinido, sino reconocer la condenación que sufre el hombre a ser siempre desgraciado? Progresar indefinidamente es mejorar indefinidamente; pero sólo puede mejorar lo que es ya malo. Decir mejoría indefinida es decir mal indefinido. Y si se nos asegura que el hombre podrá siempre, indefinidamente, mejorar, que es susceptible de progreso indefinido, es porque siempre hallará en sí algo insatisfecho, una sed de perfección absoluta, de bien acabado y perfecto, de cielo glorioso que le huye constantemente, como una meta inabordable que jadeando persigue sin conseguir nunca. ¡Arida espera de lo que jamás ha de alcanzarse, progreso indefinido! Pensando así, el corazón del filósofo se le quedaba yerto. No creía en el Dios

cristiano, y la promesa de este absoluto que él ansiaba, de este verdadero reino de perfección y ventura, era como un cirio mortecino entre las ilustradas luces de su memoria. ¿Qué pensar del porvenir del hombre? Nadie puede vivir en una total indiferencia con respecto a su propio destino: la vida humana es un proceso escatológico, tiene trayectoria y sentido. Y la arrastra un anhelo de felicidad que no se detiene ante la tumba, porque lleva en su fuego la esperanza de colmarse en la gloria. Estaba tan fría la prisión que Condorcet empezó a soñar con este fuego de la esperanza, con ese paraíso donde los pobres cristianos, ignorantes, habían personificado nada menos que la beatitud de Dios. El también necesitaba de esta beatitud y este consuelo. Pero no podía buscarla en el trasmundo, porque la llave de la fe de Cristo le faltaba. La buscaría en el mundo. Y así, iluminado por este resplandor apocalíptico y profético, pudo la mente de Condorcet concebir la «*Décima época*» de la humanidad, con la que termina su obra, y en la que, no contento con adjudicar al hombre la *casi inmortalidad* biológica sobre esta tierra (1), se halla el bálsamo de estas palabras, consuelo de desesperados y esperanza de desconsoles: «Este cuadro de la especie humana libertada de todas sus cadenas, substraída al imperio del azar y al de los enemigos de su progreso, y marchando con paso firme y seguro por la ruta de la verdad, de la virtud y de la dicha, ¡cómo presenta al filósofo un espectáculo que le consuela de los errores, de los crímenes y de

(1) «¿Sería absurdo ahora suponer que este perfeccionamiento de la especie humana debe ser siempre considerado como susceptible de un progreso indefinido, que debe llegar un tiempo en que la muerte no sea sino *el efecto, o de accidentes extraordinarios, o de la destrucción cada vez más lenta de las fuerzas vitales, o que, en fin, la duración del intervalo medio entre el nacimiento y esta destrucción no tenga ningún término asignable?* Sin duda que el hombre no llegará a ser inmortal; pero la distancia entre el momento en que empieza a vivir y la época en que, naturalmente, sin enfermedad, sin accidente, experimenta la dificultad de subsistir, ¿no puede aumentarse sin cesar?»

Ob. cit., *Décima época*.

las injusticias de que la tierra está todavía amancillada y de las cuales él mismo es víctima con frecuencia!»

Condorcet había sido un ideólogo revolucionario, y la revolución le hizo su víctima. Los revolucionarios auténticos son siempre hombres apocalípticos; y como no creen en el otro mundo, y a éste le encuentran, y con razón, muy exiguo para calmar sus anhelos, profetizan el fin inminente de todo lo establecido, y anuncian su innovación dichosa como un reinado puro de alegría.

Que venga Carlos Marx, el revolucionario tipo de tanta ilusión desmedida, y nos confiese cuál es el punto de su doctrina al cual debe su nombre la difusión que aún goza entre nosotros. Marx no es Marx por su materialismo histórico, diseñado ya desde el siglo XVIII en autores como Malthus, y que sin la dialéctica de Hegel sería inexplicable; tampoco por la teoría de la lucha de clases, familiar a muchos pensadores del siglo de las luces, ni por la teoría del valor y de la plusvalía, común a Ricardo y a Thomson. Tampoco el anuncio de la proletarización constante y de la concentración de capitales hubiese podido mover arduamente a las masas trabajadoras, sino más bien otro anuncio, sin ciencia ni conciencia, otra maravillosa anunciación apocalíptica y visionaria que tiñe y encandila sus cansados ojos de esperanza, porque asegura para breve plazo la gran revolución comunista, la llegada del reino del Bien sobre la tierra. ¡La gran revolución comunista! Es el último paso, pero al que le da con pie seguro se le abre la inmarcesible región de la gloria. La emancipación del proletariado supone la caída de la clase opresora, de la burguesía. No quedará ya, por tanto, ninguna clase explotada; habrá terminado el período prehistórico de la humanidad. Y como la lucha había unido a los proletarios de todos los países, una fraternidad universal habrá sobrevenido al mundo: no más conflictos de clases, no más lucha de naciones. El reino de la necesidad se transforma en reino de libertad. Porque la libertad no es, contra lo que se ha dicho, un prejuicio burgués para el socialista que acendra su marxismo, y mucho menos para el

crédulo trabajador que ingenuamente le profesa. El edificio marxista no podrá coronarse con la visión estrecha de la dictadura del proletariado; ésta será sólo transitoria, porque así lo aseguraba Marx en 1875, criticando el programa de Gotha: «En el paso de la sociedad capitalista a la comunista reside un período de transformación revolucionaria. También corresponde a esto un período de transición política durante el cual el estado no será sino la dictadura revolucionaria del proletariado». Pero, como ya había dicho Engels, la sociedad tiene que reorganizar la producción sobre las bases de una asociación de productores libre e igualitaria: las clases serán una traba para la producción, y el estado sólo es un instrumento de explotación de clase: llegará un día en que sea arrinconado en el museo de antigüedades. Ahora bien; el derrocamiento del Estado, lugar donde el socialismo y el anarquismo se abrazan unánimes, supone la innovación del mundo, el advenimiento a la tierra de un paraíso de amor y libertad.

Es la llamarada confusa de esta visión, y en modo alguno consideraciones de índole científica, la que ha encendido apocalípticamente la conciencia del proletariado. Desde el célebre grito con que se cierra el manifiesto comunista de 1848 no ha dejado Marx de ser para millones de hombres el profeta santo de los tiempos nuevos. A lo que contribuyó no poco su carácter de israelita, pero sobre todo la táctica escogida, que le presenta a Croce como «el más notorio continuador de Maquiavelo». Se ha dicho agudamente que la refutación más rotunda que recibe el materialismo histórico de Marx son los resultados de su propaganda. No las condiciones económicas, sino una idea, y, por cierto, muy imaginativa, ha logrado arder sobre innumerables cabezas, y aunarlas todas en la prosecución de un fin común.

Siempre lo mismo: un fin común, un término hacia donde encaminar los pasos, una visión lejana de felicidad perfecta, un hombre ansioso de dichas, que por no encontrarlas en este mundo y no creer en el otro, piensa que la revolución puede hacer el milagro de convertir la tierra en paraíso.

Y en última instancia, ¿no sería esto posible? La historia y la naturaleza del hombre deben respondernos. Históricamente ninguna revolución ha colmado sus más hondas ansias. Muy al contrario, los hombres mejores, los que creían de buena fe en ella, han vuelto la cabeza para no ver sus crímenes, su plebeyez y su injusticia. La doctrina revolucionaria vive asentada en la creencia de que el hombre es naturalmente bueno, y que son las instituciones las que le han pervertido. Pero cuando adviene la tormenta de la revolución las instituciones caen, siquiera sea momentáneamente, y entonces se ve al desnudo lo que es el hombre, lo que son su naturaleza y sus instintos. El hombre febril que recorre las calles durante esos días con el asta de una bandera roja entre las manos, deshechos ya esos hábitos que la sociedad sanciona como instituciones, ha retrocedido en pocas horas al nivel del salvaje. Y al verle en su locura lastimosa pensamos en que las instituciones son no sólo útiles, sino imprescindibles a la sociedad. La luz de la razón ha entendido la manquedad de la naturaleza caída, y encomendado su tutela a la civilización, contra la que el revolucionario, en nombre de esa naturaleza, se desata.

El fracaso de la revolución nos lo atestigua la historia. Por las escenas que describe ningún espectador saldrá de ese teatro con sus anhelos de perfección cumplidos. Y si del examen de la historia pasamos al estudio directo de la naturaleza humana, la ilusión que nos hacía atisbarla como del todo buena, o como capaz de serlo algún día sobre la tierra, se desvanece ante las consideraciones más obvias como la nube se deshace al viento. El hombre es un plantel de instintos que florecen bajo la primavera de los estímulos apropiados. No se puede afirmar que sean ni malos ni buenos: su condición moral es la indiferencia. «Los instintos, definía James, son actividades que realizan sus fines sin preverlos, merced a una coordinación de actos que no es fruto de la educación». Mas lo que debemos advertir en el caso del hombre es que sus instintos *necesitan* de esa educación, han menester de someterse a algo que no son ellos mismos, a la razón, norte y cauce de sus impulsos espon-

táneos, guía de su imprevisora actividad. Y el solo hecho de que el instinto quiera ir por un lado y la razón por el otro crea en nosotros un antagonismo y una lucha tal que nos revela palmariamente el desorden que en nuestra naturaleza introdujo el primer pecado. La ideología del revolucionario quiere suprimir esta lucha íntima entre el bien y el mal, destruyendo uno de los términos antagónicos: la razón o el instinto; quiere hacer a la razón instintiva, y al instinto racional, y predicar, acto seguido, que todo en el hombre es bueno. Mas en tanto que la conciencia nos atestigüe esa discordia interior entre el ángel y la bestia, entre la razón y el instinto, no podremos creernos de diferente familia a la que fundaron nuestros primeros padres (1).

Y si se me acusa de presentar al hombre bajo un aspecto puramente estático, podríamos considerarle ahora en su dinamismo, y poner los ojos en sus posibilidades evolutivas, por si fuese lícito pensar que su desarrollo le condujera un día al umbral del «superhombre». Pero tales consideraciones deberían partir de un dato que sitúa muy desfavorablemente al progresista. En efecto: por mucho que desenvolvamos nuestras posibilidades de mejoramiento biológico, no habemos de olvidar que la altura evolutiva en que ya nos encontramos dentro de la Naturaleza es mayor que la de todos los demás seres naturales. Ahora bien: cuanto más evolucionado está un organismo le queda un margen menor para evolucionar ulteriormente, y, desde luego, lo hace con mucha menor rapidez. *Cuanto más complicada es una estructura —y, por tanto, más evolucionada—, es más inverosímil su cambio.* Esto hace, sin duda, que el cerebro humano, por ser de estructura más fina, sea el menos regenerable de los órganos.

En resumen: no es solamente la vida humana un proceso teleológico, finalista, no cobra sólo sentido por el fin que ha-

(1) Sólo hay un factor que pueda terciar en esta discordia e imponer la armonía: la gracia, que es justamente lo que confiere su perfección a la naturaleza.

yamos de realizar en este mundo, y que le pedimos al ejemplo de la historia, que es el espejo ostensible de la persona humana en sus acciones, sino que es un proceso escatológico, cuyo fin, como el reino de Cristo, no es de este mundo. Cuando este fin, término o postrimería no es, efectivamente, el reino de Cristo, porque se ha perdido la fe en la revelación cristiana, el hombre moderno, para satisfacer las ansias de felicidad eterna que necesariamente le acosan y dar sentido a su vida, fuerza la visión del trasmundo y la acomoda y asienta en el porvenir del mundo mismo. De este error de perspectiva nace la creencia en el progreso y en la revolución como instrumento suyo.

Corregido el error, todo nos convida a enderezar el ímpetu religioso que mueve primordialmente al hombre y su necesidad de gloria hacia la verdadera patria, que es el cielo. ¿Cómo? Lo mismo que hace el revolucionario, esto es, siguiendo las profecías, pero no las falsas, sino las verdaderas. Todo hombre puede creer sin contradicción íntima en una revelación, en un apocalipsis, en un descubrimiento del futuro, pero sólo cuando son suficientes las garantías que le acompañan. La primera de todas es su procedencia divina. Sólo en la omnipotencia y en la sabiduría de Dios puede fundarse una revelación segura. Esta revelación no es sólo *posible*, sino también *necesaria* para que el hombre viva de acuerdo con su naturaleza. Hemos visto que al hombre no le basta la historia, y que su ejemplaridad le es insuficiente para moverse hacia el futuro, esto es, para vivir. Por muy optimista que el filósofo de la historia sea hay una desproporción inmensa entre lo que el pasado le ofrece y la felicidad y el bien que necesita el corazón del hombre. El ofrecimiento de este bien absoluto florece en las promesas de vida eterna que Dios en su revelación infalible nos otorga.

«El Hijo de Dios ha hablado», afirmaba para siempre San Juan.

LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS

La Enseñanza y la Revisión Constitucional

Magnífica portada ha puesto el P. Pérez del Pulgar al estudio de la revisión constitucional, que, con la mayor amplitud de horizontes y alteza de miras, se propone hacer nuestra Revista. El enfoque del problema docente, que el proyecto leído en las Cortes señala como uno de los puntos revisables, descubre en el ilustre maestro Pérez del Pulgar, a más de su conocido talento, un relevante tino político. De todas las cuestiones que la revisión constitucional plantea, la enseñanza es, moral, social y patrióticamente, la cuestión más trascendental. Quedaos con todo y dadme la enseñanza, diría yo al enemigo; que si me dais la enseñanza, pronto me daréis todo lo demás.

La Constitución nueva tiene, en efecto, que dejar establecido y consagrado el principio de la libertad. Centralismo y estatismo son los dos fetiches a que han rendido culto idolátrico las mentalidades formadas en el siglo XIX. Y aunque no creemos tarea fácil sacar a esos espíritus de sus viejos troqueles de pensar y enjuiciar los problemas, escribimos todavía animados de un fundado optimismo: las generaciones jóvenes han superado, afortunadamente, los moldes en que se vaciaron los espíritus del pasado siglo.

Se abre paso cada día más la idea de que los ciudadanos no son verdaderamente respetados en su conciencia, mientras no tengan libertad de elegir la escuela, el maestro, la clase o la cátedra que mejor les satisfaga.

Una cátedra de racionalismo, de ateísmo o de subversión social, pierde casi toda su importancia cuando frente a ella consiente la ley que se levanten otras cátedras, con las mismas garantías y con los mismos derechos, a las cuales concurren libremente los ciudadanos. Esto es libertad, y de ésta gozan los súbditos de naciones, para quienes la libertad no es un mito. Por esta libertad se han dado en los pueblos modernos batallas de años, que han conmovido los cimientos del Estado mismo. Nos place recordar aquel movimiento heroico del pueblo belga el 1.º de junio de 1879. Una ley escolar que fué llamada popularmente «loi de malheur», declaraba el derecho del Gobierno a fijar el número de escuelas y la neutralidad religiosa de las mismas. El día de la promulgación de esta ley aparecieron todos los diarios católicos de Bélgica con orlas de luto, y tal campaña fué la que desde este momento se inició en todo el país en favor de la libertad de enseñanza, que al convocarse las elecciones de 1884, la victoria puso a los católicos en disposición de abolir la odiosa ley y restablecer la facultad de abrir escuelas, redactar programas, nombrar maestros y tomar, en una palabra, las garantías necesarias de que la enseñanza que reciben los hijos de familia no destruye en sus conciencias las enseñanzas del hogar.

La cátedra universitaria no es nada distinto de la escuela; es su continuación, actúa sobre el mismo sujeto educativo, dispone de mayores recursos de fascinación y deslumbramiento pseudo-científico. De aquí la imperiosa necesidad sentida por las naciones celosas de su derecho, de que al lado de la cátedra oficial se alce la cátedra libre, para que nunca un señor imponga sus doctrinas, sean éstas cuales sean, a los ciudadanos que las repugnen. En Bélgica, por no cambiar de ejemplo, existen dos Universidades del Estado: en Gante y en Lieja; pero

también dos Universidades libres: Bruselas y Lovaina. Sabido es que la enseñanza de la Universidad de Bruselas estuvo desde el comienzo influida de principios racionalistas y dominada por prejuicios anticatólicos. Pero a una hora de tren está la Universidad Católica de Lovaina, que funciona bajo la dirección del episcopado. Desde 1911, ambas gozan de personalidad jurídica, y la Universidad libre de Bélgica se halla en posesión del derecho a dar títulos académicos de igual valor que la Universidad oficial. Esto es libertad, y así la entienden gentes civilizadas, que no aspiran al acaparamiento clandestino de las cátedras para sus propagandas políticas. Más aún. El año 1922, una propuesta firmada por diputados liberales, socialistas y católicos fué votada por las Cámaras belgas, concediendo dos millones de subvención, uno a cada Universidad libre, para que el derecho de cada ciudadano a estudiar y aprender, según los dictados de su conciencia, no fuera un derecho ilusorio, sino efectivo, realizable perfectamente.

Si un régimen análogo existiera en España, ¿qué nos importaría que un socialista se apoderase de una cátedra de la Universidad de Madrid? Nada. Frente a la suya levantaríamos los católicos otra y habría dos enseñanzas de la ciencia del Derecho político: la una, explicada según los principios materiales y ateos del socialismo; la otra, según las doctrinas de la grande escuela jurídica de los teólogos españoles. Los ciudadanos gozarían del libre concurso a una o a otra. Cada maestro obtendría en honrada lid la aceptación que su competencia le granjeara en la opinión pública. No se daría ese retrógrado «estanco de ciencia», usufructuado por un afortunado concesionario, sino que sería posible el progreso del Derecho político, por el noble estímulo de escuelas contrarias. La Universidad se convertiría en lo que debe ser, en un laboratorio de doctrinas, es decir, en un crisol de verdad, arduamente depurado por el estímulo, y dejaría de ser almadraza de adeptos de una política.

Estos son, enumerados someramente, los efectos de la liber-

tad de enseñanza. De tales efectos carecen los pueblos atrasados, que rinden tributo al doctrinarismo arcaico del Estado docente. Oponerse a marchar recta y decididamente a la abolición del monopolio estatista, es oponerse a la cultura del país, e inferir el mayor daño posible a la Universidad que única y exclusivamente en un régimen de libertad puede salir de su actual marasmo y ser una institución floreciente.

Vamos a aplicar el criterio que antecede a los tres grados de enseñanza: primaria, secundaria y universitaria, para establecer normas concretas de reforma.

LA ESCUELA PRIMARIA

Los gobiernos del último decenio han tomado con empeño digno de mejor causa la tarea de crear cada año un millar de escuelas, muchísimas de ellas en aldeas de escasísimo vecindario, embargando la actividad de un maestro para una asistencia escolar de cuatro a cinco alumnos. Se da frecuentemente el caso de que el mismo ministerio se ve obligado a volver sobre sus acuerdos y anular la creación de dichas escuelas, por la sencilla razón de que los Ayuntamientos rurales no contribuyen con su parte correspondiente de local y de material necesario.

Disponía la ley de Instrucción Pública que los lugares inferiores a 500 vecinos tuvieran, no un maestro, sino un instructor encargado de enseñar los rudimentos de la cultura. Estos instructores recibían una corta gratificación que para poblaciones rurales resultaba, sin embargo, considerable, y descargaba el escalafón del Magisterio de varios miles de sueldos. Pero llegó una hora siniestra para la Instrucción pública, cuando la megalomanía pedagógica de los mentores de dicho ministerio, y la política de efectismo de algunos ministros, convirtieron en maestros con todas las de la ley a los que estaban perfectamente en su papel de instructores, y sembraron a gra-

nel escuelas nacionales por aldeas y villorrios, donde faltaba lo esencial para su funcionamiento: los niños. A partir de este momento, toda la clase del Magisterio quedó colocada en una crisis económica muy difícil de superar.

Los maestros piden, con razón, un sueldo decente y piden, con no menor derecho, una escala de categorías que haga factibles los ascensos. Hoy las categorías de seis, siete y ocho mil pesetas son tan ilusorias casi como la lotería; pero lo peor es que los sueldos de tres a seis mil pesetas son difícilísimos de alcanzar para la mayoría de los maestros, que difícilmente llegan al final de su vida oficial sin haber salido de cuatro mil pesetas.

La razón potísima de semejante atranco es el número de plantillas que forman el escalafón. Los maestros dirán que no tienen ellos la culpa, ni pueden padecer las consecuencias de que el cuerpo a que pertenecen esté encargado de tan múltiples servicios. El Estado, en cambio, no podrá decir otro tanto. Ministros inconscientes y efectistas han abierto en los gastos escolares una sima que ahora no hay fuerzas para llenar. Sin una concienzuda reorganización de escuelas, no habrá ni podrá haber una regular mejora del sueldo de los maestros. El Gobierno que se sienta capaz de abordar el problema de la escuela pública y dar satisfacción a los maestros nacionales, no tendrá más remedio que volver pie atrás, y llegar incluso más lejos de la ley de 1857, sustrayendo de la oficialidad escolar el inmenso número de poblaciones inferiores a mil almas. El hecho no es tan pavoroso como a primera vista puede parecer. Hoy existen miles de escuelas, ya en manos de interinos, ya en manos de maestros en propiedad, que si llegan a tener más de seis alumnos entre niños y niñas es todo lo más. Hay también infinidad de maestros que van a localidades casi inaccesibles y aún llenos de los mejores deseos; pronto se persuaden de que no pueden desplegar sus iniciativas en aquel misérrimo ambiente. Cualquier vecino del lugar, habituado a aquel medio, retenido allí por su modo de

vida, podría desempeñar las elementalísimas funciones docentes, mediante una pequeña retribución. De este modo habría enseñanza en semejantes lugares; hoy lo ordinario es que, aunque se paga, no la haya. Una severa inspección del Estado pondría en claro cuántas escuelas de esta clase deberían suprimirse; y una vez verificada la poda, ya sería más fácil mejorar los haberes del Magisterio en la medida que todos reconocemos es justo. Hay que gastar más, desde luego, cada día más; pero hay que gastar bien, cada día mejor.

Nos damos cuenta de que éstas no son las soluciones propugnadas por ciertos pedagogos gárrulos, forjadores de fantasías irrealizables, pero estamos seguros de que sin una poda severa e implacable de tantas y tantas ramas inútiles, nuestra Instrucción pública es un árbol que muere de anemia.

La conclusión es bien clara, por lo que a las escuelas del Estado se refiere, y nuestro criterio quedará completo, si añadimos que toda escuela privada, toda fundación particular o patronal, toda institución social que asuma voluntariamente la tarea de instruir y educar al pueblo, debe ser, no sólo autorizada por el Estado, sino ayudada con subvenciones en evitación de los gastos necesarios para mantener una escuela oficial.

ENSEÑANZA SECUNDARIA

Idénticamente que en la primera enseñanza, la solución verdadera de este problema está en la creación de un número de institutos oficiales perfectamente montados, ni uno más de los que el Estado pueda sostener según sus recursos, y paralelamente fomentar, subvencionar y ayudar a todos los establecimientos similares que personas particulares y colectivas quieran dedicar a la enseñanza. El Estado debe reservarse el derecho de dar validez a los títulos de Bachiller mediante un examen al final de los estudios secundarios, hecho ante tribunales universitarios.

Amplíemos brevemente estos postulados. Lo primero es que el Estado remunere a sus Institutos decorosamente, y, para ello, que no tenga más que los que decorosamente pueda tener.

Es una equivocación lamentable creer que sin dinero puede existir una enseñanza que merezca verdaderamente el nombre de tal. No hay milagro de esta clase, y caen en una especie de grotesca superstición los que pregonan las excelencias de ésta o aquélla institución docente, por la mera virtud de su dirección o de su personal, o de sus métodos, o de otra cualquiera de sus cualidades. No hay que perder de vista que al Estado no acuden a servirle hombres de espíritu apostólico, dispuestos a sacrificios extraordinarios. Los funcionarios, aun en el plan más honrado que se les quiera suponer, saben muy bien medir sus servicios con su remuneración; es más: las obligaciones familiares y sociales les urgen a tasar escrupulosamente lo que dan y lo que reciben y a buscar en actividades extrañas a las funciones específicas de su profesión aquellos ingresos que el Estado les niega con daño de sus propios intereses. Esto es tan humano y al mismo tiempo tan usual y ordinario, que quien no lo ve tiene que estar ciego.

Que el Estado tenga, pues, su enseñanza a decorosa altura, y luego que permita, fomente y ayude a la creación y sostenimiento de colegios privados, en condiciones muy análogas a las que rigen en Bélgica y Holanda, cuya legislación reputamos envidiable para todo país civilizado.

En segundo lugar, el Estado debe tener el derecho de revalidar los títulos de Bachiller que expidan los Institutos oficiales o libres. Es decir, el centro docente donde un alumno cursa sus estudios, extiende el certificado correspondiente; pero este documento no tiene valor de título, mientras no esté revalidado ante un tribunal del Estado. ¿Y quién habrá de examinar a esos alumnos que quieran revalidar sus certificados, ya procedan de centros oficiales, ya de los colegios privados? Respondemos sin género de duda que los catedráticos de la Universidad donde pretendan ingresar.

Hay que conseguir a toda costa que la enseñanza no sea una ficción, y menos un negocio, y menos un atentado contra la juventud, todo lo cual se consigue perfectamente con un sistema de exámenes finales, encomendado a catedráticos de Universidad, con plena y absoluta independencia del elemento profesoral de los examinandos, y mediante ejercicios prácticos, variados y libres de precipitaciones.

Todos los estudiantes de la segunda enseñanza que quieran ingresar en cualquier Universidad deberán someterse a un examen de suficiencia ante los catedráticos de la Universidad correspondiente, previa presentación del certificado de Bachiller expedido por el centro oficial o privado en donde haya hecho sus estudios.

LA UNIVERSIDAD

Y vamos a hablar de la reforma universitaria. Lo primero que hay que hacer es sustraer la Universidad del consorcio perjudicial con el Estado. Una entidad enrolada en la empresa de un Gobierno, de una política o de un régimen estatal cualquiera, está sujeta por necesidad a sufrir los vaivenes de esa empresa. Los tiros que un día u otro se disparan contra ese Gobierno, o esa política, no pueden dejar de hacer blanco en el organismo subsidiario; máxime si suponemos, como es la verdad, que la Universidad es la parte más desmantelada e indefensa de la empresa que llamamos Estado. Para que la Universidad pueda hurtar el Cuerpo a los azares de la política, y nadie pueda pensar siquiera en hacerla blanco de los ataques dirigidos contra el Gobierno, es absolutamente necesario darle una base de independencia, una verdadera autonomía, que le haga a ella misma sentirse distinta de la máquina burocrática, y dé a la sociedad la sincera impresión de que es pieza aparte del artefacto ministerial. En ningún sitio del mundo, donde las Universidades gozan de vida propia, se las ve mezcladas

en las agitaciones políticas. En cambio, dondequiera que las Universidades llevan el mote de «nacionales», aparecen frecuentemente los estudiantes enzarzados en algaradas públicas, conectadas con la reacción antigubernamental. Una vez más llegamos a la conclusión de la autonomía universitaria, sapientísimo principio de las instituciones culturales, sin el cual la ciencia, la cultura, la educación y todas las demás funciones del espíritu fácilmente se desplazan de su propia esfera, y caen al servicio de intereses subalternos.

Sin embargo, pensar en la autonomía universitaria no es, en nuestro concepto, confundir la Universidad con la famosa casa de tócame Roque. Muy al contrario, pensamos en la Universidad severamente gobernada en su régimen interior por un Consejo o gerencia, investido de plenas facultades, que pueda, a modo de una empresa privada, contratar su personal docente, pagar equitativamente los servicios contratados, exigir de igual manera el cumplimiento de sus compromisos a sus técnicos y facultativos, renunciar a su colaboración cuando ésta no sea de la calidad deseada, gobernar, en una palabra, la vida de la Universidad, tomando todas las medidas que al éxito de su gestión crea convenientes. Esto se llama libertad y responsabilidad, autonomía y disciplina.

Se cae de su peso que habría que elaborar un Estatuto universitario sobre los modelos que más crédito tienen hoy en Europa y América, y mejores pruebas han dado en largos años de experiencia. Dentro de ese Estatuto, el Consejo gerente de la Universidad sería árbitro supremo de los destinos de ella, sin que ningún ministro hiciese solidaria de su política a la Universidad, y sin que las iras inflamadas por el apasionamiento político hiciesen catapulta de la Universidad, para quebrantar la situación de un ministro o de un ministerio.

Para acabar de esclarecer estos puntos de vista, debemos aprovechar la experiencia de las Universidades más florecientes de Europa y de Norteamérica. Y si Norteamérica parece ofrecer escasas garantías por su modernidad, ahí están las ve-

nerables Universidades de Inglaterra, con sus facultades de sabios profesores y sus Senados de anchísima base, y por encima de todo su Junta de gobierno, verdadera gerencia de estilo moderno, tal cual la estimamos necesaria para nuestra Universidad. No solamente el rector o canciller es una alta personalidad ajena al profesorado, sino el mismo vicedecano es a veces extraño al cuerpo docente.

Comparamos la Universidad moderna a un periódico. Y, bien advertido el caso, hay paridad innegable entre una Universidad y un periódico, entendiéndose desde luego un gran periódico moderno. En éstos hay dos elementos absolutamente distintos: la empresa y la redacción. La redacción de un periódico es el elemento cultural y, dentro de los principios fundamentales que inspiraron la fundación de la empresa, libre e independiente en la elaboración de su pensamiento, en la apreciación de los hechos, en la exposición de sus ideas. El escritor no debe pensar más que en la calidad de su trabajo, y hasta puede vivir toda su vida sin conocer a la empresa que le paga. Esta, en cambio, trabaja en otro terreno. La parte financiera, en sus múltiples aspectos, la administrativa, las instalaciones, los servicios informativos y comerciales, las cien atenciones diversas de un negocio, entre las cuales no son las menos importantes velar por el mantenimiento de la disciplina y hacer los nombramientos de personal competente para todas las secciones de la empresa. A esto segundo hemos llamado gerencia, y no dudamos en afirmar que la Universidad española necesita de un sistema análogo.

Nuestras instituciones docentes se parecen exactamente a un periódico del siglo XIX: unos cuantos hombres llenos de romanticismo todos, de ingenio algunos, de necesidades no pocos, que se reunían alrededor de una mesa para hacer un periódico. Ellos adquirían o alquilaban las máquinas, hacían contratos de papel, organizaban la administración y la venta, se equivocaban, acertaban, hallaban lucro o se arruinaban. ¿Única base de todo el negocio? El romanticismo. «Satis elo-

quentiae, sapientiae parum». Mucha facundia y poquísima competencia de lo que traían entre manos. Este tipo de periódico ha pasado casi por completo en el mundo moderno. La empresa es hoy la que firma los contratos, estudia las fuentes de ingresos, procura las mejoras del periódico; el escritor, ya lo hemos dicho, procura escribir bien, y ya ha cumplido perfectamente.

Mas, al paso que el periodismo ha evolucionado, la Universidad se ha estancado en aquel romanticismo democrático de hace un siglo. Todos lo hacen todo; que es medio seguro de que haya muchas cosas no bien hechas. Todos responden de todo; que es la mejor forma de que nadie responda de nada. El resultado es éste: el hombre de ciencia, seriamente dedicado al estudio, se inhibe de los menesteres e intervenciones de gobierno, o tiene que dar de mano a sus trabajos propios para inmiscuirse en cuestioncillas y trivialidades. Siempre optan por lo primero. La Universidad, por consiguiente, padece la falta de un organismo propulsor; su estancamiento es inevitable; no tiene quien sepa ver cómo y por dónde puede mejorarse.

La consecuencia es evidente. Hay que ir al régimen de gerencia. Estúdiense cuanto se quiera las organizaciones de las Universidades extranjeras. Modifíquese y adóptese lo que se quiera; pero quedamos, finalmente, en que la Universidad va a tener una dirección llena de autoridad y dotada del tecnicismo conveniente, como todas las instituciones respetables que hay en el mundo.

Esto que decimos, que tan extraño ha de sonar a muchos oídos, es sencillamente lo que impera en todas las Universidades modernas, sobre todo en las de Estados Unidos, y que se llama ordinariamente la Universidad por gerencia. La gerencia, dirección y administración de la Universidad, que es totalmente distinta del Cuerpo docente, es la que nombra al profesorado, la que lo contrata, la que lo mantiene en funciones, en tanto que su función es útil, la que lo despide, cuando su trabajo no es conveniente. Hace falta implantar en la Univer-

alidad un organismo director que anime todas sus funciones, que estimule todos sus movimientos, que vigile la marcha de todos sus mecanismos y que en todo momento se preocupe del progreso y del perfeccionamiento de la entidad a cuyo frente está y cuya responsabilidad le compete. La Universidad es una empresa cultural, tal vez la más compleja que existe, sin duda la de mayor trascendencia, y ella es precisamente la que en España carece de una gerencia capacitada técnicamente, tal como la tienen las demás empresas: Bancos, periódicos, editoriales, comercios, etc. ¿Qué sería de cualquiera institución de éstas, si se rigieran por el sistema de nuestras Universidades? ¿Cómo andaría un Banco donde todos los funcionarios fueran dueños absolutos de su gestión, y no respondieran de ella ante el jefe ni director de ninguna categoría?

Se nos objetará que un elemento extraño al Cuerpo docente no puede percibir las necesidades ni conveniencias de la enseñanza. Nunca hemos supuesto que entre el profesorado y la gerencia estuviesen cortadas las relaciones. Como no estamos teorizando, sino sugiriendo rápidamente lo que pasa en muchas Universidades de las más florecientes, podemos decir que en todas ellas el elemento docente, sobre todo el más representativo y arraigado en la institución, es para la gerencia un imprescindible instrumento de gobierno. Sus observaciones, sus deseos, son preciosos medios con que la dirección cuenta para realizar bien su cometido. Pero, ¿a cuántos menesteres, a cuántos aspectos, a cuántas menudencias desciende y presta atención la gerencia, a dónde no llegan los hombres especializados de la cátedra y del laboratorio? Esto sin contar con la inadaptación y hasta con la ineptitud que muchos sabios tienen para las cosas prácticas tocantes a organización. Generalmente, los talentos de la ciencia especulativa no son los más aptos para la acción y el gobierno. De unos y de otros necesita una Universidad. Estamos pagando el error de haberlo colocado todo en manos de los primeros, poniendo el caso en la hipótesis más favorable.

Hay que romper estos viejos troqueles de Universidad, en que cada catedrático vale tanto como la autoridad del rector, y llegar a la Universidad regida y gobernada por un Consejo o gerencia, investida de plena autonomía. Hay que llegar a concretar quién tiene la responsabilidad de lo que hace y de lo que no hace la Universidad.

La responsabilidad, hemos escrito otras veces, diluída en un vasto conjunto de individuos es la mejor manera de que resulte nula e impracticable. Este es uno de los graves males de la organización actual de nuestras Universidades. Son cuerpos sin jerarquías; hay cabezas ficticias; la autoridad, nula; las sanciones, totalmente irreales. En este conglomerado de intereses subjetivos, surge la camaradería o resguardo mutuo y la defensa de ese coto cerrado, donde ni el Estado, ni la sociedad, ni nadie, puede intervenir.

Un Consejo de gerencia, en el que el Estado esté representado, desde luego, pero con absoluta responsabilidad de su gestión, es lo único que puede darnos una Universidad a la moderna, seria, eficiente, instrumento de cultura, ajena por entero a la política.

Y frente a la Universidad oficial, la posibilidad, reconocida y defendida por la ley, de que pueda levantarse otra Universidad libre, en las mismas condiciones que hemos dicho para los Institutos y para las Escuelas nacionales.

En resumen, he aquí los tres principios que la nueva Constitución debe consagrar: Primero: *Libertad*, defendida por la Constitución; *Responsabilidad*, exigida por el Gobierno; *Ayuda económica del Estado a la enseñanza privada*, condicionada por la ley.

M. HERRERO - GARCÍA

Notas biográficas de Pedro de Medina

Poco se ha hecho para diseñar la biografía de Pedro de Medina, historiador, místico y cosmógrafo del siglo XVI. Desde luego que la tentación de biografiar a tal polígrafo es tan atrayente como difícil. Por eso, por la dificultad de la empresa, no creo perdido el trabajo de estas notas o apuntes. Desde luego, he tratado de huir de las noticias dadas o copiadas por otros autores, y he procurado desbrozar un poco el campo de la investigación, dando a la publicidad la existencia de algunos documentos, a mi parecer inéditos, y subrayando algunos pasajes de sus libros, que han podido abrir un poco el perfil de su vida.

Empecemos por el lugar de su nacimiento.

Que nació hacia 1493 no cabe duda. Lo confiesa así en el *Regimiento de Navegación*, Sevilla, 1563, pues al folio 77 dice tener setenta años; pero de que naciera en Sevilla, aunque casi todos los que escriben de él coinciden en esta creencia, no veo los motivos en que se sustentan. El habla, en cierta época, de su vecindad en Sevilla, pero nunca habla de su naturaleza. Algunos autores se apoyan en el sevillano Nicolás Antonio, pero éste, en su *Bibliotheca Hispano Nova* no dice que sea de Sevilla; dice: *Petrus de Medina, domo hispalensis*, con lo que no pone en duda su ignorancia cerca de su naturaleza. Por otro lado, hay un pasaje en la *Crónica de los Duques de Me-*

dina Sidonia, cap. V, lib. 10, pág. 339, en que, hablando de las luchas de Pedro Girón con su suegra D.^a Leonor de Guzmán, dice: «E yo vi que el dicho Doctor Tello estuvo en Medina muchos días tratando con Don Pedro Girón que saliese de ella». Y más adelante: «Y después que el Conde y Don Pedro y el doctor fueron idos, vi que por más 30 días...». Esto no significa, realmente, que nacieran en Medina; pero su apellido y el estar en su juventud en esta ciudad, puede darle alas a esta hipótesis. Debo confesar que mis rebuscas en el Archivo parroquial y en el de Protocolos de la ciudad de Medina, en las que fuí auxiliado por el ilustre investigador señor Puelles, fueron sin resultado positivo.

Otro punto, más importantes aún, es averiguar dónde adquirió sus vastos conocimientos. ¿En Medina? ¿En Sanlúcar de Barrameda? ¿En Sevilla? No se sabe. En esta población aparece en 1538. Hay una R. C. de 20 de diciembre de 1538 en que se le autoriza para hacer en Sevilla cartas de marear, regimientos, astrolabios, cuadrantes, agujas, ballestillas y demás instrumentos. Su experiencia náutica debió de ser anterior a esta fecha, y las únicas noticias que he encontrado referente a sus cruceros, me las da él mismo en el *Arte de Navegar*, en el libro IV, cap. XI, fol. LXVIII, en que dice: «Acuerdome cerca desto, que una vez nauegando veníamos en el nauio diez y nueve hombres, siete passageros y doze marineros y auiendo muchos dias que andauamos por la mar porque los tiempos auian sido contrarios». ¿A qué viaje haría referencia? Nada se sabe a ciencia cierta. Y vuelve a hablar de sus cruceros en el *Regimiento de Navegación*, Sevilla, 1563, en el prólogo folio III, en que dice: «Y poniendo mi voluntad en obra determiné entrar en la mar y ver lo q. auia de escreuir. Y assi nauegue el tiempo y a las partes q. me pareció q. conuenia para entender y saber lo que deseaba; y auiendo visto (no con pequeño trabajo) las cosas de la nauegació salido en tierra copuse el libro del *Arte de Navegar*». Como esta obra se publicó en 1545 y desde 1538 hasta esta fecha aparecen continua-

mente documentos en el Archivo de Indias que demuestran su presencia en Sevilla, debe pensarse que sus viajes marítimos son anteriores a 1538.

Don Francisco Vindel, en su interesante y cuidada publicación, *Pedro Medina y su Libro de Grandezas y cosas memorables de España*, Madrid, 1927, señala la presencia de Medina en Valladolid el año 1535, por lo que dice en el cap. XCI, y su permanencia en Burgos por lo que dice en el cap. XCVI, y en el cap. CXXXVII su presencia en Málaga en el año 1536; y he observado leyendo el fol. 167 vto., que visitó el monasterio de Guadalupe; todo esto le hace decir al Sr. Vindel que Medina visitó y recorrió España antes de escribir su libro.

Hasta 1554 estuvo en Sevilla, desde donde hizo visitas a Madrid, y se sabe que en 1544 estuvo en Cádiz, pues en el Archivo de Indias, Patronato 51-45, hay una carta de Pedro de Medina en que dice: «*Alo primero que yo viviendo en Cádiz (por mi salud) viendo los yerros*». Y de 12 de diciembre de 1554 se conoce una R. C. en que se pide informes a la casa de la Contratación para nombrar cosmógrafo a Pedro de Medina, que ya había solicitado la misma merced el año 1545, cuando escribió su *Arte de Navegar*.

No quiero que figure siquiera en estos apuntes el tema del valor científico de Pedro de Medina. Habría que encuadrarlo entre sus coetáneos, esclarecer lo que escribieron y sabían sus antecesores, para saber lo que él puso de su númen para el progreso de la cosmografía, conocer sus errores, y de ellos cuáles eran disculpables por el retraso de las ciencias y cuáles habían sido desechados o corregidos por sus contemporáneos. Algo de esto hizo D. Rafael Pardo de Figueroa, ilustre marino, hermano de Don Mariano, *el doctor Thebussem*, en unos artículos publicados en la revista «El Departamento», mayo 1865, núms. 5 al 9, y en su *Crítica del Regimiento de Navegación*, etcétera, publicada en Madrid en 1867. Por cierto que dice que el *Arte de Navegar* se imprimió en Madrid tres o cuatro veces. En cambio, podemos, a mi parecer, deducir algunos de los



rasgos psicológicos de Medina, interpretando los datos que poseemos.

Su carácter, tenaz; su exaltación por la justicia y la ciencia, puede estudiarse en los pleitos que sostuvo con Vespucio y Diego Gutiérrez. A través de ellos se ve cómo Pedro de Medina no era ajeno a las polémicas continuadas que ocurrían entre el piloto mayor y los cosmógrafos sobre la exactitud de los instrumentos, sobre el padrón, sobre los exámenes de pilotos, etc. En estas pugnas y luchas científicas se fueron perfilando y puliendo las grandes figuras de los Faleiros, Mexia, Santa Cruz, Chaves y Medina.

También queda bien al descubierto su buen tono de maestro de aristócratas, en la prolongada estancia en Sanlúcar de Barrameda, al lado de los Duques de Medina Sidonia. Desde la boda de Juan Claros de Guzmán, o poco después, aparece en Sanlúcar. Así lo dice en la *Crónica de los Duques*, en la página 356, y poco después de esta fecha debió fijar su residencia en Sanlúcar, pues es testigo, según dice en la página 357, del cariño que profesaba a su mujer el Conde de Niebla y de la pena de la familia cuando murió el Conde en 1556 (pág. 365).

En mis rebuscas por el Archivo de los Duques en Sanlúcar, he tropezado con una serie de documentos en que se demuestra la estancia de Pedro de Medina en Sanlúcar hasta el año 1563 y la estima y respeto en que tenían a este maestro en aquella gran casa. Entre estos documentos hay provisiones de 1561 y 1563 para que Gonzalo Pérez, recaudador de la Condesa, haga merced al maestro Medina de determinada cantidad de fanegas de trigo, provisiones que se extendían sólo para los fieles servidores y para los más allegados.

Hay otro documento interesantísimo en el libro *Manual de los Libramientos...*, 1561, tomo 14, fol. o vto., que dice: «En XV de enero Luis de Cabrera, tesorero del duque mi hijo dad de los mrs. de vuestro cargo a el Maestro pedro de medina cosmografo treynta ducados por una descripcion de españa y un libro de grandezas acontecidas en ella a que dio el duque

e tomad su carta de pago para vuestro descargo fecho en sanlucar a XV de enero de 1561 as. la condesa». En el Libro de cuentas de los Sres. de la Casa de M. sidonia..., 1524-1562, hay una provisión del 30 de junio de 1562, para que le entregue a Pedro de Medina 18.000 mrs. para la encuadernación de ciertos libros que trajo para el estudio del Duque, insertándose un recibo autógrafo en que firma el Maestro Medina; y por último, en el Manual de los Libramientos y Provisiões..., 1563, tomo 16, fol. 342 vto., se cita una provisión que dice: «pero fernandez fiel receptor de la renta de la duana de esta villa de sanlucar de barrameda dad de los mrs. de vuestro cargo al maestro pedro de medina veynte ducados de merced por seys figuras de cosas señaladas del mundo que dió en la cámara del duque mi hijo y tomad su carta de pago fecho en sanlucar a 2 de diciembre de 1563 años la condesa».

No cabe duda de que se trata de la obra póstuma de este ilustre maestro, de la que nadie hace referencia, y que creo se referirá a seis cartas que, como tantas otras, han sufrido extravío, aunque bien pudieran estar trasapeladas en el Archivo del Duque en Sanlúcar, o bien en lo que retienen los Duques en su Archivo de Madrid.

Muchos autores señalan su muerte en Sevilla el año 1567, y nada puedo decir de este extremo ni para ratificarlo ni para desmentirlo.

LUIS TORO BUIZA,

Secretario de la Sociedad de Bibliófilos
Andaluces.

COMUNICADO DE ITALIA

Atalaya del Weltgeist

Movimiento literario en Italia

COMUNICADO DE ITALIA

En el actual férvido clima fascista, la literatura ha vuelto a polarizarse hacia los motivos bélicos. Los viejos libros de guerra se reimprimen, nuevos volúmenes salen a lucir sus páginas chispeantes de heroísmo y de gloria. Mussolini ha electrizado a nuestro pueblo. Aunque las guerras coloniales nunca y en ninguna parte hayan sido muy populares, allá va el desmentido. Para Italia la prevista guerra africana asume el carácter de una reivindicación nacional, de un desquite, de un desagravio.

Nuestra juventud corre a enrolarse voluntaria y entusiasta como en 1915, cuando se trataba de rescatar del ya secular yugo austriaco las provincias irredentas. Han empezado ya a salir tras las tropas regulares los goliardos, la airosa juventud del G. U. F. (Grupo Universitario Fascista), y algún catedrático con ellos, primero de todos el joven profesor Avenati, adorado por los estudiantes, y el jefe del grupo, conde Pallotta, ambos periodistas en Turín.

El «Diario de guerra» del Duce, y sus «Discursos políticos», dechados de tacitiana concisión y de oratoria enérgica y eficaz, son lecturas de actualidad permanente y fecundante. El estilo escueto, penetrante, de este hombre genial, sacude a veces el alma con chasquidos de latigazo o estallidos de bomba. Es la voz de Italia que ha recobrado la conciencia de César y la segura serenidad de Trajano: el genio italo-romano y el genio hispano-romano, que hicieran grande el Imperio.

Ahora, tras largo silencio, se abre camino de nuevo entre el pueblo italiano la voz del bardo solitario de Gardone. Desde el *Vittoriale* lanza el comandante D'Annunzio un nuevo libro: un libro autobiográfico, cuyo estilo robusto delata el fuego juvenil

REGIMEN HINC ANIMI

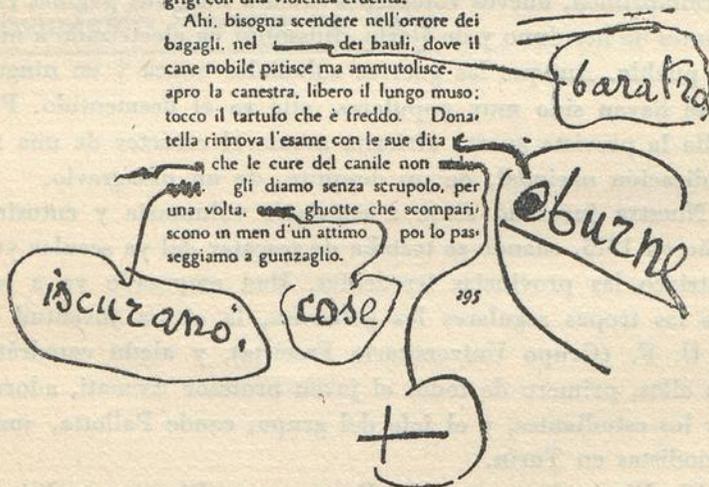
e ancóra erba, sempre erba: 'sweet grass
Il mare. il castello di Dover su le
rocce bianche a picco, sotto un dramma
di nubi improvvisato da Joseph Turner
col delirio di Christopher Marlowe.

Di subito la luce cambia. il fumo
della nave è cacciato dal vento contro il
castello che si oscura, mentre le rocce
percorse dal sole diventano accecanti.

Ho sete di colore. le armature di
ferro tinte in minio gridano contro le
grigi con una violenza cruenta.

Ahi, bisogna scendere nell'orrore dei
bagagli, nel ~~_____~~ dei bauli, dove il
cane nobile patisce ma ammutolisce.
apro la canestra, libero il lungo muso:
tocco il tartufo che è freddo. Dona
tella rinnova l'esame con le sue dita

che le cure del canile non ~~_____~~
gli diamo senza scrupolo, per
una volta, ~~_____~~ ghiotte che scompa-
scono in men d'un attimo poi lo pas-
segiamo a guinzaglio.



que hierve todavía bajo las canas (más alegóricas que reales hasta ellas) de ese maravilloso poeta y héroe, que ha vinculado gloriosamente su nombre a la gesta itálica de la Gran Guerra.

Naturalmente, descuellan en el novísimo volumen los recuerdos azarosos de las hazañas donde fué actor el poeta. La obra, cuidadosamente impresa por el editor Mondadori, fué mimada

también en sus exterioridades, como es de suponer, siendo el autor ese gran esteta que todo el mundo conoce. Hasta una innovación ortográfica introdujo esta vez: la de abolir la mayúscula después del punto, no siendo el principio de un aparte, y dejando un espacio para señalar la pausa, como se acostumbró en ciertos elzevirios latinos del siglo XVI. El título es también harto original: *Ciento y ciento y ciento y cien páginas del libro secreto de Gabriel D'Annuzio, codicioso de morir.*

Doy a continuación un ensayo de traducción de un breve trozo de la obra, que el autor titula *Mis dos pilotos de guerra*:

Padua aparece hoy desierta, acá y allá derrumbada por las bombas, inerte en una luz glacial.

Estoy más tranquilo. mi dolor se endurece, se temple. no tiene ya nada de informe, de inquieto, de turbio. ha tomado mi forma misma, se ha esculpido a mi semejanza. me consolida, me afianza.

Hasta esta mañana alguna chispa engañadora estallaba en mi corazón, de tanto en tanto y de repente; y me daba un estremecimiento de gozo inesperado.

Ilesos, y prisioneros. heridos, y prisioneros.

La afrenta del cautiverio. la gloria de la muerte.

Veo de nuevo el ojo felino de Mauricio Pagliano, verduzco, fosforescente, con el iris rasgado por los párpados entornados.

Veo otra vez la boca insolente de Luis Gori, el menudo ondeado de su cabello rubio en lo alto de la frente descarada, su pujanza de joven faccioso florentino del tiempo de Buondelmonte, su ademán al erguirse en las nerviosas piernas y al poner como asas en las esbeltas caderas sus largas manos brillantes de anillos.

No puedo imaginar aquella braveza entristecida y amilanaada en el cautiverio.

No sé lo que yo daría para adivinar su fin, para conocer sus últimos momentos, para saber de qué modo su mocedad sublime se apagaría en sus rostros desnudos bajo su caretas de voladores.

Ahora ya creo que han muerto.

Ninguna noticia más. ninguna contestación del enemigo a los mensajes lanzados por nosotros. ningún indicio nuevo.

Todo es silencio. ellos se han vuelto silenciosos como cuando estaban tras mí determinado a morir, en la fusta, la noche de Cártaro.

Ocho de mis compañeros de Cártaro ya se han perdido los mejores.

Los demás sonríen esperando su suerte.

¿Estoy yo condenado a sobrevivir?

He solicitado a mi jefe licencia para emprender la correría marina.

Dedico esta acción temeraria a mis dos jóvenes hermanos.

Vivos, me la hubieran envidiado. muerto, la aceptarán como la sola ofrenda fúnebre digna de ambos.

Es una empresa que, por la osadía, sobrepasa la de Cártaro. Saldrá bien. se realizará.

Como decía hace poco a mi coronel Moizo, la temeridad no es más que una faceta de la prudencia.

Dentro de tres días puedo estar en el fondo del Carnaro o echado por la marejada en una playa de Veglia, de Cherso, de la Istria oriental. dentro de tres días puedo, en fin, ser yo también, como el Shelley de mi adolescencia, algo rico y extraño, something rich and strange, o un cárdeno cadáver extraviado, en una casaca de cuero, como Roberto Prunas.

Pero ¡cuánto es la vida hoy día misteriosa y musical!

Voy con Nerisa a visitar los lugares asolados por las bombas de las escuadrillas enemigas...

También Italia, como es deber, se asocia al tercer centenario lupiano. El académico Farinelli fué el primero dando, una tras otra, tres conferencias en tres centros culturales de Nápoles, sede natural de la tradición literaria hispano-italiana de la corte de Alfonso V de Aragón. Luego vino Giménez Caballero, que habló en Florencia, en Roma, en Milán. Muchos diarios y

revistas han celebrado o van a celebrar el acontecimiento. Accio Levi, en la sesión de diciembre de la Academia Literaria de Nápoles, leyó una comunicación referente a las estrechas vinculaciones de Lope dramaturgo con el teatro italiano, y bajo su dirección saldrá en agosto próximo un volumen recordativo, al que colaborarán muchos hispanistas italianos. Se renovará el homenaje que en 1636 rindieron los literatos italianos al gran poeta de la nación hermana publicando en Venecia las conocidas *Exequias poéticas*.

LUCIO AMBRUZZI

Bibliotheca Nova

Epos de los Destinos

Reconstrucción técnica de España

Epos de los Destinos

por

EUGENIO D'ORS

de la Academia Española

El Vivir de Goya

(CONTINUACIÓN)

VII

LOS MONSTRUOS Y LA RAZÓN

*¿La vocación de pintar el «Carácter»
era consciente en Goya? Quizá hacia
ese tiempo ambicionó otra cosa. Pero
sabía hacer de tripas corazón.*

Vuelve la duplicidad a entrar aquí en juego. Nuestro hombre logrará, a fuerza de habilidad, ser, a la vez, costumbrista y académico, cosa harto difícil en aquellos tiempos. Aún hoy, aquí, D. Tomás Luceño se ha muerto, sin que se le ocurriera a nadie llamarle a la Academia Española.

Importa no olvidar, cómo antaño, la diferencia entre los géneros artísticos, se afirmaba, bajo forma de jerarquía rigurosa e inquebrantable. No sólo hay géneros mayores y menores,

mas también nobles y plebeyos. Más tarde, el cancionero Berenguer o el caricaturista Forain se sentarán *sous la Coupole*; por el momento todavía, en la Academia de San Fernando se ruega a los pintores retratistas título suficiente de admisión; ésta se reserva a los autores de *composiciones*... Pero, a Goya váyale usted con objeciones de categoría: a los treinta y tres años ya le habían recibido, y, una vez dentro, podía permitirse el lujo de pintar cuantos retratos y hasta cuanta caricatura le pluguiera.

Añadamos que, constantemente y en todo, el prurito revolucionario conservó en Goya el mismo carácter de duplicidad. Quienes a cualquier precio se obstinan en hacer de él un precursor del romanticismo, se han avezado a atribuir valor simbólico, dentro de la obra goyesca, al aguafuerte —tan reproducido, tan citado—, donde la mano del pintor trazó, bajo la figura de un hombre dormido, entre una pululación de pajarracos nocturnos, una sentencia, con todos los aires de apología: «El sueño de la Razón produce monstruos». Yo mismo creí antaño ver en esta imagen una especie de prospecto de la era nueva que en la cultura universal iba a abrirse, y he llamado a la plancha «solemne Declaración de los Derechos de la Locura»...

Pero esta invención, gráfica o aforística, no se encuentra sola en el cosmos goyesco. Se encara con otra, que, contradiciéndola, la corrige, y corrigiéndola, la completa. Otra página dibujada en la serie que se llamó *de los prisioneros*, y que viene, por decirlo así, a enarbolar, en presencia de la audaz Declaración de los Derechos de la Locura, la afirmación —más valiente quizá todavía— de los privilegios imprescriptibles de la Razón. Los pájaros nocturnos en esa nueva imagen —menos popularizada, menos conocida que la anterior, con razones para no serlo, ya que era el gusto del romanticismo quien presidía, a lo largo del siglo XIX, citas y reproducciones—, los pajarracos nocturnos, los engendros de la Locura se han achicado, han reducido sus proporciones y su poder: ya no pasan de lechuzas miserables, de larvas tristes en trance de huir con vuelo fatigado. La sana figura de una muchacha viene a adelantarse, persiguiendo a es-

tos abortos. Y hay, también aquí al pie de la figura, una leyenda. También aquí la meditación solitaria y enigmática del artista se traduce en algunas palabras. Goya ha escrito, con su fuerte y clara cursiva, esta invitación, este voto: «¡Divina Razón, no dejes ninguno...!» Y quien ha colgado aquí, en el substantivo mágico, la mayúscula del exorcismo, es él, no yo.

VIII

MANIQUEÍSMO

Un cirio a San Miguel y otro al diablo.

Entre la trama de un mundo moral tan complejo, Goya se mueve con extremo desembarazo. Su doblez, su ironía, encontrarán, con aquella infabilidad del instinto que preside a su vida toda, la forma que le permitirá entregarse al culto maniqueo, donde se reúnen, en actos de devoción única, los homenajes consagrados al principio del Bien y al principio del Mal. La Razón es, según la frase grabada en su aguafuerte, *la divina Razón*. Pero *el sueño de la Razón* es también divino; también divina la Locura. El voto vehemente por el triunfo de aquélla no impedirá que el artista se complazca en el comercio vicioso con los mil y un hijos de ésta, con la raza alucinada de los buhos, de los monstruos, de las trasgos, duendes y brujas, de los diablos, de los abortos, del gran ejército abanderado bajo la enseña del Disparate.

En ciertas oraciones del viejo ritual persa —lo he recordado alguna vez—, los nombres de los demonios se ven citados uno a uno. En ciertos tratados de moral casuística, en ciertas guías de confesores, las variedades del pecado aparecen estudiadas con lujo tan grande de imaginación, con previsión tan refinada y retorcida, que a su lectura no puede evitarse la sospecha de que el autor, al detallar así, ha estado poseído por una especie

de vocación y deleite morosos. Algo análogo se puede decir de muchos estudios de medicina y, en general, de la actitud del médico ante las enfermedades: el fin habrá sido, indudablemente, la salud; pero mientras tanto se prodigan al morbo todas las atenciones y hasta las delicadezas, y se habla del *hermoso caso clínico* y del tumor notable, y de la interesante gangrena, y quien lo analiza o lo trata puede apasionarse por ellos y hasta llegar a un delirio estético en su contemplación.

Pues bien; no es otra, en el fondo, la actitud goyesca ante el cosmos romántico, pintoresco, plebeyo y castizo que puebla su obra. Como el médico momentáneamente olvidado de que su objeto no es, no debe ser, la enfermedad misma, sino la salud, se detiene en la fruición intelectual de aquélla y la convierte en una especie de fin en sí, en cuya consideración se satisface; así Goya, adepto del racionalismo, afiliado a la causa de la luz, al multiplicar hasta lo infinito las imágenes de las criaturas en la tiniebla, hace de ellas un fin, las convierte en un objeto estético, substantivo, y parece volverse él mismo romántico por el peso de la existencia, si no por el juicio del valor. Quien examina su obra parcialmente se verá, como consecuencia de ello, inducido a situar en un plano falso las preferencias ideológicas del artista, al modo de lo que ocurre con el historiador de la filosofía, que, al traer la figura de algún pensador presocrático, se encuentra con que sólo subsisten del mismo tres o cuatro fragmentos, de tres o cuatro líneas cada uno, si estos fragmentos, lejos de contener la doctrina propia, corresponden a la doctrina de un adversario, cuyo texto el pensador de referencia citaba con designio de refutación y que refutaba, en efecto, en las líneas siguientes, que cabalmente se han perdido. O al modo de quien tomara de un tratado casuístico las páginas donde se borda la descripción de los pecados, desvinculándolas de aquellas otras donde se contiene la condenación de los mismos. O de quien, ante los términos literales de una oración maniquea, olvidara el principio religioso que da carácter de exorcismo a lo que, de otra suerte, puede parecer una adoración.

« ¡Divina Razón, no dejes ninguno! », clamaba el artista de

los monstruos. «¡Divina Civilización, refórmale!» clamaba también, en secreto, su íntimo pensar, respecto de la sociedad, su contemporánea, su vecina, de ignorantes, bravucones, fanáticos, pícaros, pordioseros, majas, chisperos, guerrilleros, hampones, charlatanes, maleantes y degenerados... Y en lo más hondo, en lo más oculto: «¡Refórmame también a mí, tan parecido a ellos por la naturaleza, tan hermano suyo!»

Pero mientras la reforma llega, ¡es todo esto tan divertido!...

IX

PAN Y TOROS

«El arte de los toros vino del cielo.»

¡Sí, divertida sociedad, carnaval por demás excitante!... Ha muerto el tercer Carlos, Rey bajo el cual la política de las luces imponía serios deberes y conservaba todavía cierta gravedad, a pesar de los Farinellis, a pesar de las óperas italianas. (El preceptor jesuíta que Carlos III tenía cuando niño no se cansaba de predecirle, según me ha contado Benedetto Croce, la siguiente máxima: Lo primero, la gravedad; lo segundo, el temor de Dios.) Pero Carlos IV no es grave; es blando, ridículo, cazador y relojero. La Reina a su lado, napolitana desatentada, manda pronto a paseo todas las conveniencias y da en lo que llamaríamos «vivir su vida», con mucho de contagio rápido en la vida de lo más plebeyo del ambiente local. Las damas de la corte, otras que tal bailan. Es la hora en que el antiguo régimen va a fenecer y en que, al disolverse las tradiciones, se aflojan las costumbres. Sobre el mojado de la traducción provinciana de la galantería de Versalles, llueve el influjo del cinismo italiano. Hay aquí petimetres como en París, pero hay también sigisbeos como en Venecia. Hay ópera castrati, primas-donas y bailarinas. Hay jardines

en el Buen Retiro y baños en el Manzanares. Hay cabalgatas y verbenas. Y hay, de más a más, entre tanta fiesta, un orden de fiesta que no pudo tener a la vista el Magnasco, que no pudo tener a la vista Watteau. Quiero decir, los toros.

Insisto mucho en que la fiesta de los toros, a desagrado de su reputación de españolismo inmemorial, es cosa que no se convierte hasta el Setecientos, en la institución llegada hasta nosotros. Acontece la transformación precisamente en los tiempos de Goya, bajo sus ojos, puede decirse. Los trajes de los toreros, sus armas, su coleta, el aparato que la solemnidad reviste, su rito, la misma estructura de la plaza donde se celebra la corrida, lo revelan así. Todavía en 1793, en la reseña que, de una corrida pública el por entonces incipiente *Diario de Madrid* (y que los eruditos reputan como la cronológicamente primera entre estas «revistas de toros», que después han pasado a constituir un género aparte dentro de la literatura periodística española) la terminología del espectáculo aparece indecisa y sus figurantes son designados, a veces, mediante circunloquios profanos. Ora se habla de matadores «espadas, picadores»; ora se dice, genéricamente: «individuos y dependientes de las fiestas de toros». Se añade: «dos de los que alargan banderillas...» en vez de poner: «banderilleros». El indumento de este personal es descrito, en la aludida reseña, con cierta maravilla de novedad. «Los dos primeros —leemos allí— llevaban vestidos azules y chalecos negros; y el de la puerta del Toril, vestido azul y chaleco encarnado; todos tres guarnecidos con flecos, espigueta de plata y encintado blanco de seda en los hombros». A éstos seguían otros «con vestidos de gusanillo de seda morado batido con carmesí y puntilla blanca, guarnecidos de cadenetas, flecos de plata, cada uno con su juego de lazos bordados de lentejuelas azules, de color de rosa y blancas; hombrillos bordados con sus correspondientes borlas y también guarnecidos con cadenetas de arcos y flecos, todo fino. Además llevaban sus capas cortas encarnadas con galón de plata». En seguida otros personajes «vestidos de la misma tela, con ojales de plata, charretera y botón

también de plata y encintados con cintas de seda color de leche y plata; y todos con sus capas encarnadas también nuevas, guarnecidas de galón. Por fin, llevados de sus palafreneros, ocho caballos con mantas verdes y color de caña».

El héroe de la fiesta de toros era por aquellos días Pedro Romero. Pedro Romero significa, para la historia de los toros en España, lo que el Giotto, para la historia de la pintura universal.

Goya pintó a Pedro Romero. Hay quien dice que aquél también en persona había practicado la lidia de reses bravas.

X

LA MAJEZA

(Un cochero de París, a quien yo reprochaba un día que su caballo anduviera cojo.)

La toma de la Bastilla es un símbolo que por lo que toca a España, se diluyó en infinitas fiestas de toros. A través de ellas, todo privilegio, todo aislamiento de la nobleza se vió abolido. No porque el tercer estado subiese al poder, sino porque la nobleza bajó a la flamenquería. Madrid copiaba a Versalles o a Venecia; pero las fiestas del Trianon o las del Gran Canal no dieron, a pesar de la licencia y aún de los disfraces, ocasiones de tan radical promiscuación social igualitaria, como las que proporcionaron las corridas. Aun aquí mismo las verbenas, las romerías, no sirvieron tanto. En las romerías, en las verbenas, todavía los grupos permanecen recíprocamente distantes, no se funden. En el delicioso cuadrado de Goya que representa la Pradera de San Isidro se ve a los corros de damas, bajo sus sombrillas coquetas, aislar su merienda de la de los villanos que, un poco más lejos, se solazan al sol. Además, a las romerías, a las verbenas, puede irse de tapadillo. A los

toros no. A los toros se va con ostentación siempre. La ostentación de la carroza se junta a la ostentación de la calesa. Todos los cascabeles suenan con un solo repiqueteo festivo. Luego, en las gradas, todo se funde. Todo hierve, junto a una distinta exaltación dionisiaca.

En los toros se consumó, en la España del Setecientos, la transformación de la duquesa en manola, del señorito en majo. Jovellanos, figura del tiempo —no dual como Goya, pero colocado con distinción melancólica en la parcialidad de la luz— nos ha conservado, en una de sus sátiras, el trasunto de figura ambigua del señorito majo:

«¿Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
De pardomonte, envuelto con ellas
De tres pulgadas afeado el rostro
Magro, pálido y sucio, que al arrimo
De la esquina de enfrente nos acecha
Con aire sesgo y baladí? Pues ese,
Ese es un nono nieto del Rey Chico.
Si el breve chupetín, las anchas bragas
Y el albornoz, no sin primor terciado,
No te lo han dicho; si los mil botones
De filigrana berberisca, que andan
Por los confines del jubón perdidos
No lo gritan; la faja, el guadijeño,
El arpa, la bandurria y la guitarra
Lo cantarán.....
.....

Y vive así: sus dedos y sus labios.
Del humo del cigarro encallecidos.
Índice son de su crianza. Nunca
Pasó del be a ba: nunca sus viajes
Mas allá de Getafe se extendieron.
Fué antaño allá, por ver unos novillos;
Junto con Pacotrigo y la Caramba:
Por señas que volvió ya con estrellas;
Beodo por demás y durmió al raso.»

Eso, ellos. En cuanto a ellas, a las majas, pasemos la palabra al autor de «La maja majada», a D. Ramón de la Cruz:

«A una maja idolatro ;
porque las majas
corresponden con todas
sus circunstancias.
Y en las Usías
son las correspondencias
falsas o tibias.»

¿No nos parece estar oyendo algún eco de las ponderaciones a que dió lugar, hace poco tiempo, en nuestros medios metropolitanos, la boga y moda del llamado apachismo? Majeza en el Madrid del XVIII, apachismo en el París de fin de siglo, y sus alargos residuales, son fenómenos de snobismo que mutuamente se explican. Una cosa nos separa, con todo. En el apachismo ha parecido nota esencial la separación social, casi diría la catacumba y la sociedad secreta. En la majeza, al contrario, toda la sal venía del vivir promiscuo.

Del sabor que de esta promiscuidad resultaba, nada mejor nos dará la quintaesencia y extracto que el texto de una carta escrita al Duque de Villahermosa, por quien firmaba Juan X y andaba de jornada en La Granja con la Corte, en el verano de 1767.

«Aquí —escribía el comunicante— no hay más diversión que ópera, juego y corridas. Las mujeres que tenemos son las de Osuna, Osona, Híjar, Vilamazón, la Bélgida y Eril, que valen poco. La Portuguesa dicen que vino una noche a ver a Monroy, un oficial de Guardias, que heredó a Huéscar; y éste rompió con la de Aremberg por cuentos de familia; y toma en su hueco a una andaluza, que vive en la calle de Cantarranas y tiene en presidio a su marido.»

Pero Goya fué también una fuerza, al lado de los majos, en lo de tomar la Bastilla...

XI

CHISPEROS Y MANOLOS

*«Hay que saber distinguir.» (La ver-
bena de la Paloma.)*

Cuidado. No confundir. Nada de mezclar en la misma sección del vocabulario pintoresco majos, chisperos, manolos, et cétera. Una cosa es un majo; otra un chispero, muy distinta. Tan distinto como un obrero de un apache.

Chisperos se llamaba, en el Madrid del XVIII, a los habitantes del barrio de Maravillas, en razón a la gran abundancia de fraguas que había en éste, de las cuales saltaban chispas día y noche. Oficios del fuego, siempre habéis hecho a los hombres bravos. Del fuego de las fraguas al de los fusiles, saltaron éstos, aquella mañana del 2 de mayo, cuyo recuerdo no ha perdido todavía del todo la virtud de encandilar y enardecer al pueblo español.

Ellos, bravos; ellas, bravías. En las chispas que a ellos les rodeaban, también a ellos les ardía el pelo. ¿Valientes? Valientes o no, según los casos. El valor, en el riguroso sentido de la palabra, también tiene mucho de obra de arte, que debe ser fraguado a muy otro fuego que el material de las herrerías... Una de la imágenes incluídas por Goya, en la serie de los «Desastres» es la que bautizó de «Populacho». Sobre un exánime mal herido, o quizá muerto, de quien se adivina haber sido arrastrado por una soga, una mujer sacude un palo, mientras un hombre le pincha y afrenta con una pica dirigida a salva la parte. Cuando al día siguiente se ejecute a este hombre, se erguirá, sublime, con los dos brazos abiertos, a unos palmos de la boca de los fusiles, como en la otra imagen goyesca famosa. Ayer tan cobarde, según nuestras clasificaciones; tan valiente hoy... No: el impulso de la pasión ha

sido hoy y ayer el mismo. Porque no se trata de valor, sino de bravura. En otros términos, de «perder el mundo de vista». De perderlo de vista, como tras de los fuegos de la fragua.

Si los chisperos habitaban Maravillas, los manolos habitaban Lavapiés. Tampoco éstos eran precisamente majos. Ni siquiera, como los manolos, gente, si honrada y trabajadora, violenta. Nos sugería, el majo, el recuerdo del apache; el chispero, del obrero; el manolo —siempre aproximadamente—, el del hortera... Tratándose de la España moderna, la intervención de la sangre semítica en acontecimientos y caracteres, siempre resulta equívoco. Oficialmente, judíos y moriscos habían sido expulsados de la Península. Pero el caso es que no sólo en la ciudad de Mallorca han subsistido, entre las nuestras, barrios o calles con los matices de «gueto» o «call». Algo tuvo en tiempo Lavapiés de gueto de Madrid. Por de pronto, eran en gran número los manolos que se dedicaban al pequeño comercio.

Es muy de advertir que, hasta el momento de la guerra, Goya apenas si representó figuras a quien concretamente se pueda atribuir la nota de lo manolo o de lo chispero. Lo suyo fueron los majos —sobre todo los majos convencionales—, con traje y manera, las más de las veces tan prestados, como lo pudiera ser, en la Marquesa de Pontejos, el atavío de pastora...

(Continuará.)

Reconstrucción técnica de España

ELECTRIFICACION DE LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES

por ANTONIO GIBERT y JOSE M.^a NAVARRETE

(CONTINUACIÓN)

VIII

LA ELECTRIFICACIÓN DE FERROCARRILES DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIAL

De las distintas clases de electrificaciones que se han llevado a cabo hasta la fecha, ofrecen especial interés las de una clase de líneas, que presentan particularidades interesantes y que constituyen una proporción grande del número total de electrificaciones realizadas. Son éstas las líneas suburbanas que unen las grandes capitales a los poblados próximos, situados a distancias variables y que pueden llegar hasta los 50 ó 60 kilómetros, a cuyas características de servicio se adapta de modo perfecto la tracción eléctrica, permitiendo una explotación que no se podría obtener de ninguna manera con tracción por vapor. La electrificación de estas líneas tiene un aspecto social de gran interés, ya que el establecimiento de un servicio ferroviario sub-



urbano, tal como la electrificación puede prestarlo, hace posible el que los ferrocarriles puedan penetrar en el corazón de las grandes capitales a recoger directamente, o por servicios combinados en cualquier parte de ellas, el público viajero, y facilita su rápido y cómodo traslado a las cercanías, donde le permite fijar, por tanto, su residencia, obteniéndose como consecuencia de ello un rápido desarrollo y urbanización de las afueras de las ciudades, un abaratamiento de las viviendas y una separación absoluta entre las zonas de trabajo y las zonas de residencia del elemento trabajador.

Con la simple enunciación que acaba de hacerse se comprende el gran alcance social que la electrificación de las líneas o redes suburbanas de las grandes capitales tiene en el triple aspecto de facilitar, sobre todo, a las clases obrera y media, por un lado, la vivienda en condiciones más higiénicas y más en consonancia con las necesidades de la vida moderna, además de más económica, permitiendo, por otra parte, el traslado de grandes cantidades de gente de todas clases sociales los días de descanso semanal y otras festividades o épocas de vacaciones a zonas próximas más saludables, en las que se podrá obtener una reparación de los desgastes ocasionados por los días de trabajo, y, en tercer lugar, desconggestionan las grandes capitales de los núcleos de vivienda de estas clases trabajadoras, obteniendo esta separación completa entre las zonas de trabajo y las zonas de vivienda, de la que se obtiene resultados tan ventajosos desde el punto de vista social.

La supresión del humo, la mayor velocidad y aceleración de los trenes y, consiguientemente, el menor tiempo obtenido en el recorrido, y sobre todo la gran flexibilidad que la tracción por unidades múltiples, característica que el sistema de tracción eléctrica trae consigo, permitiendo aumentar de modo notable la frecuencia de los trenes, combinando en cada hora del día la composición de éstos de acuerdo con las necesidades del público y obteniendo siempre la proporcionalidad entre la carga a remolcar y la potencia empleada son las principales causas que permiten obtener las satisfactorias condiciones antes citadas.

Quizá el mejor número índice para determinar en qué proporción se obtienen todas esas mejoras sociales al electrificar las líneas suburbanas que sirven las grandes capitales, es el número del crecimiento del tráfico o aumento del número de viajeros experimentado con la electrificación, ya que ese número nos dirá si se han obtenido todas estas ventajas, puesto que si se experimenta que al electrificar su ley de crecimiento sufre un aumento notable, no cabe duda que el aumento del público viajero suburbano no podrá atribuirse a otras causas que las citadas de aumento del número de personas que trasladan su residencia fuera de la capital o que salen a hacer un descanso semanal al campo.

Un examen somero de las principales electrificaciones suburbanas del mundo hace ver que esto es, efectivamente, así. En el ferrocarril suburbano americano Illinois Central, por ejemplo, cuya electrificación se inauguró en septiembre de 1926, nos encontramos con que, mientras dos meses antes de esta fecha el servicio normal con vapor comprendía un total de 398 trenes diarios, un año después de la electrificación, es decir, en septiembre de 1927, se había llegado a los 550 trenes eléctricos diarios, y el número de viajeros transportados pasó, de apenas llegar a los dos millones, a sobrepasar los 2,5 millones de viajeros transportados, es decir, un crecimiento en un año del tráfico de prácticamente el 25 por 100, habiéndose duplicado el número de trenes. Resultados análogos se han obtenido en las electrificaciones suburbanas del ferrocarril de Reading, que sirve la populosa zona de Filadelfia y del Delaware, Laskawanna and Western, que sirve una de las zonas suburbanas de New-York, electrificados en 1930 y 1931.

En Inglaterra, el Southern Railway, que englobó a varias de las líneas suburbanas de Londres, y que empezó una intensa campaña de electrificación de sus líneas, que le ha llevado hoy día a constituir la electrificación suburbana más importante del mundo, ofrece datos tan interesantes como el de que, por ejemplo, una de las primeras líneas que se electrificaron y que se abrió al servicio en 1915, con un tráfico de 26 millones de viajeros al año, cinco años después había llegado a alcanzar un tráfico de 53 mi-

liones. Avance análogo ha obtenido en el tráfico al ir electrificando las restantes líneas, razón por la cual ha proseguido con gran intensidad, y prosigue en los momentos actuales, su campaña electrificadora, pues por los datos que se han hecho públicos en el año 1934, correspondientes al ejercicio de 1933, puede verse que en las líneas en que se inauguró el servicio eléctrico a principios del mencionado año, se ha experimentado durante él un aumento del número de viajeros transportados que excede del 23 por 100, aumento que continuaba todavía en los meses del presente año. Consecuencia de ello es que este ferrocarril (y esto no es novedad en líneas suburbanas electrificadas, sino que, por el contrario, constituye la regla), a pesar de la aguda crisis, aumentó contrario, constituy la regla), a pesar de la aguda crisis, aumento en el año 1933 el número total de viajeros transportados, en relación con el de 1934. No hay, pues, error en atribuir a la electrificación de este ferrocarril una influencia decisiva en el espléndido desarrollo obtenido en los poblados del sur de Londres, tanto como sitios de vivienda, como lugares de descanso y esparcimiento.

De Buenos Aires puede citarse, por ejemplo, que los dos principales ferrocarriles suburbanos que sirven a esta capital fueron electrificados en 1916 y en 1923, respectivamente, con el resultado de que el primero, el Ferrocarril Central Argentino, cuyo tráfico en 1916-17 representaba tres veces y media la población de Buenos Aires, a los doce años de la electrificación, es decir, en 1929-30, llegó a tener un tráfico igual al total de la población de esta capital en dicha fecha, considerablemente aumentada sobre la anterior, multiplicada por diez, mientras que el segundo, el Ferrocarril del Oeste de Buenos Aires, cuya línea a Moreno, que durante los cinco años anteriores a la electrificación transportó un promedio de 1,035 millones de viajeros, en los seis años siguientes a la electrificación aumentó este promedio a 1,794 millones.

Estadísticas análogas a las anteriores pueden obtenerse de todas las electrificaciones suburbanas, y prueba de ello, y quizá es otro índice bien elocuente de lo que decimos, es que el núme-

ro de electrificaciones suburbanas que se llevan a cabo en los últimos años es de gran importancia por el doble concepto, bien de electrificaciones nuevas o bien de las electrificaciones de esta clase existentes que aumentan sus instalaciones, bien extendiendo las longitudes electrificadas o bien aumentando los servicios e incrementando, por tanto, los parques de material móvil, que llegan a alcanzar cifras fantásticas, como por ejemplo, los 825 coches que llega a tener en 1931 el Long Island Rly americano, que sirve las cercanías de Nueva York, o los 345 que circulan por las líneas suburbanas de la misma capital del Pennsylvania Railroad, o los 440 coches con que explotó en el mismo año el ferrocarril suburbano de Sidney, o los 390 de las líneas suburbanas de Melbourne, en Australia; o los 746 coches que llegó a tener en servicio en dicho año los Ferrocarriles Suburbanos de Berlín, electrificados en gran escala a partir del año 1926, cuyo aumento continuó en los años siguientes; o los 240 de las líneas suburbanas de Tokio, etc., etc.

En los momentos actuales en que, como decimos, se amplían muchas de las electrificaciones citadas, se están llevando a cabo las nuevas electrificaciones de las líneas suburbanas de Copenhague, cuyas primeras líneas se inauguraron hace pocos meses; se amplían las de Moscú, se empiezan las de Varsovia, etc., etc.

Lo poco que se ha hecho en España hasta ahora no da resultados menos elocuentes que lo que se ha conseguido en el extranjero. En efecto, en las líneas electrificadas del Norte, de Barcelona-Manresa-San Juan de las Abadesas se ve, según estadísticas oficiales recientemente publicadas, que la recaudación de la estación de Barcelona para las de Tarrasa, Sabadell, Manresa y viceversa, es decir, para el tráfico de cercanías a estas poblaciones, pasó del año 1928, en que se inauguró la tracción eléctrica, al año 1932, respectivamente, de 130 a 520.000 pesetas, 370 a 720.000 pesetas y 730 a 1.180.000 pesetas, y las recaudaciones en la estación de San Sebastián para las estaciones diversas hasta Hendaya y hasta Zumárraga y regreso en la sección electrificada de la Compañía del Norte, de Irún-Alsasua, varía en los cinco años comprendidos del 1928 a 1932, de 400 a 1.080.000 y de 700 a 1.620.000, de

manera que, según se dice en la misma estadística, «en los cuatro años comprendidos entre 1929, en que se comenzó el servicio con tracción eléctrica, y 1932, inclusive, los productos de viajeros locales en el conjunto de las dos secciones se han duplicado, y esto en plena crisis de transporte ferroviario, cuando las recaudaciones por viajero en todas las líneas desciende en forma rapidísima». Otra estadística se ha hecho pública recientemente, y es la de la línea suburbana de Bilbao-Portugalete, electrificada el año 1933, que ha experimentado en seis meses de explotación eléctrica un aumento en la recaudación de viajeros del 17 por 100.

Las anteriores estadísticas, que son una parte mínima de las que podría citarse, pero que representan el tono de todas ellas, dicen bien a las claras cómo la electrificación contribuye, de modo decisivo, a dar satisfacción a esa tendencia natural de las clases trabajadoras de distinta categoría social o mejorar sus condiciones materiales de vida, factor de tanta importancia en la resolución del problema social.

IX

LAS ELECTRIFICACIONES ESPAÑOLAS

Hay en España electrificados en la actualidad 902 kilómetros de línea, correspondientes a las secciones y Compañías que se indican en el siguiente cuadro :

Electrificaciones ferroviarias españolas en servicio en 1933

COMPAÑIAS	SECCIONES	Ancho de Vía.....	Kilómetros de línea..	Sistema de corriente	Voltaje
Sdad. Exp. de Ferro- carriles y Tranvías.	S. Sebastián-Hendaya.	1,00	22	Continua	600
FF. CC. Sur de España	Gador-Nacimiento...	1,67	30	Tri. 25 p.	5500
El Irati.....	Pamplona-Aoiz-San- güesa.....	1,00	60	Mono. 25 p.	6000
FF. CC. de Cataluña..	Barcelona-Tarrasa- Sabadell.....	1,44	41	Continua	600/1200
FC. del Norte.....	Ujo-Busdongo.....	1,67	62	»	3000
FC. Eléctrico del Gua- darrama.....	Cercedilla - Puerto de Navacerrada.....	1,00	12	»	1200
FF. CC. Catalanes...	Barcelona-S. Baudilio.	1,00	10	»	1500
FC. del Urola.....	Zumárraga-Zumaya...	1,00	35	»	1500
FC. de Peñarroya a Puertollano.....	Conquista-Puertollano	1,00	56	»	3000
FC. Santander-Bilbao	Bilbao - Las Arenas- Plencia.....	1,00	28	»	1500
FC. de Norte.....	Barcelona-Manresa- San Juan de las Aba- desas.....	1,67	168	»	1500
Idem íd.....	Irún-Alsasua.....	1,67	103	»	1500
FF. CC. del Estado..	Vitoria-Estella.....	1,00	69	»	1500
Idem íd.....	Ripoll-Puigcerdá....	1,67	52	»	1500
FF. CC. Vascongados	Bilbao San Sebastián.	1,00	114	»	1500
FC. de Sóller.....	Palma-Sóller.....	0,90	28	»	1200
FC. Bilbao-Portuga- lete.....	Bilbao-Portugalete...	1,67	12	»	1500

TOTAL KILÓMETROS DE LINEA..... 902

Como puede verse por él, los kilómetros electrificados se reparten en 17 secciones pertenecientes a 14 Compañías de ferrocarriles distintas, y son obras que se han ido llevando a cabo en forma bastante irregular desde las primeras que se realizaron en 1909, hasta la última, que se ha puesto en servicio el pasado año 1933.

Si se analizan, sin embargo, estas electrificaciones, como se ha hecho recientemente por el competente Ingeniero Jefe de Material y Tracción de la Compañía de los Ferrocarriles del Oeste de España, Sr. Cos, se encuentra que una parte importante la

constituyen ferrocarriles secundarios, de proporciones muy modestas, que no se suelen incluir generalmente en las estadísticas análogas que se publican en los países extranjeros, como son, por ejemplo, la línea de San Sebastián-Hendaya, el ferrocarril de Palma a Sóller, el ferrocarril eléctrico del Guadarrama, el Urola, etc., etc., de manera que las electrificaciones que pueden llamarse verdaderamente tales quedan reducidas, según el trabajo antes citado, a «un grupo de líneas suburbanas, como las de los Ferrocarriles Catalanes, Bilbao-Las Arenas y Bilbao-Portugalete; un ferrocarril secundario de tráfico local de cierta importancia, como el de Vascongados, cuya línea de Bilbao a San Sebastián y ramales suman 138 kilómetros de longitud electrificada; un grupo de secciones de perfil extraordinariamente accidentado, como la rampa de Pajares, de la Compañía del Norte, o la Sección de Conquista a Puertollano; y dos Secciones de líneas de servicio general, con importante tráfico de cercanías, que son las de Irún-Alsasua y Barcelona-Manresa-San Juan de las Abadesas, de la Compañía del Norte, empalmada esta última con la de Ripoll-Puigcerdá, que permite la explotación eléctrica desde Barcelona hasta la frontera francesa. Los kilómetros electrificados en estas secciones, es decir, las electrificaciones propiamente dichas, no llegan, pues, a sumar los 400 kilómetros de longitud.

Desde el punto de vista técnico y de mejora del servicio, han sido todas las electrificaciones españolas un éxito completo, éxito que se ha confirmado también en el aspecto económico. Algunos datos entresacados de los que se han hecho públicos de las principales electrificaciones españolas, bastarán para hacer comprender la exactitud de este aserto.

De las electrificaciones realizadas por la Compañía del Norte, que, como se ha dicho, son las de mayor importancia llevadas a cabo en España, nada hay que decir, puesto que las cifras del estudio económico realizado por el Sr. Viani, que se incluyen en el capítulo correspondiente a la rentabilidad de las electrificaciones, son bien elocuentes. Sin embargo, quizá no esté de más citar como explicación de dichas cifras los párrafos si-

güentes de una publicación oficial de la Compañía del Norte, relativa a la electrificación de Pajares:

«Aparte de considerables ventajas de otra índole, los resultados que de modo inmediato se han obtenido con la electrificación pueden condensarse en:

1.º Sustitución de treinta locomotoras de vapor por diez locomotoras eléctricas.

2.º Economía de un 55 por 100 en el consumo de energía.

3.º Reducción en 47 por 100 del recorrido de los tractores, que, habida cuenta de los pesos respectivos en servicio, representa una reducción del 83 por 100 en el tonelaje kilométrico del material motor.

4.º Economía del 73,5 por 100 en los gastos de conservación y reparación de locomotoras.

5.º Economía del 63 por 100 en los gastos del personal conductor de éstas.

6.º Finalmente, la economía anual obtenida para la tonelada kilométrica con tracción eléctrica es de 31 por 100 sobre el coste de la tonelada kilométrica con tracción por vapor.

En resumen, puede afirmarse que la electrificación de la rampa de Pajares han constituido un éxito desde los puntos de vista técnico y económico.»

Por lo que se refiere a las electrificaciones de Barcelona-Manresa-San Juan de las Abadesas y Alsasua-Irún, bastaría citar que, además de los datos de referencia del estudio económico del Sr. Viani y de los relativos al incremento del tráfico suburbano que se incluyen en el capítulo que trata de la electrificación de ferrocarriles desde el punto de vista social, el actual Ingeniero Jefe de Explotación de la Compañía del Norte, que en aquella época era Jefe de la Oficina de Estudios de Electrificación, publicó hace dos años otro documentadísimo estudio sobre estas electrificaciones, que terminaba con el siguiente párrafo: «Por lo que afecta a las electrificaciones estudiadas (se refiere a las que acabamos de citar), los datos apuntados permiten darse cuenta de cómo han logrado el éxito apetecido las ideas que presidieron la realización de ambas obras, es decir, la recupera-

ción y desarrollo del tráfico perdido, con la consiguiente e inmediata mejora del coeficiente de explotación y las economías que más a la larga ha introducido en los gastos de explotación el desarrollo paulatino del tráfico no directamente afectado por la electrificación».

De los Ferrocarriles Vascongados se publicaron el año último, con motivo de una mala interpretación que se dió a su situación actual, unas informaciones en las que se deducía, de datos oficiosos, que en el año más desfavorable, que fué el año 1932, la electrificación había permitido obtener un interés al capital invertido superior al 12 por 100.

De la electrificación del ferrocarril de Bilbao-Portugalete, inaugurada en el verano del pasado año 1933, se han publicado datos últimamente de los que resulta que el coste por consumo de energía ha sido la mitad de lo que hubiera resultado el coste de carbón para el mismo servicio realizado con tracción por vapor, mientras la recaudación ha aumentado como consecuencia de la electrificación en un 17 por 100, y el servicio ha mejorado notablemente.

De un estudio recientemente publicado acerca de la electrificación del ferrocarril Estella-Vitoria reproducimos el siguiente párrafo :

«Superior a todos los optimismos calculados ha sido el resultado obtenido con la electrificación de la línea.

Bastará decir que para un servicio de dieciséis trenes diarios, la economía en gastos de tracción es de unas 324.000 pesetas al año, y como el beneficio que da la línea durante ese plazo se puede estimar actualmente en 200.000 pesetas, se deduce que la electrificación ha logrado evitar una explotación ruinosa. La rapidez de los trenes, gracias al sistema eléctrico de marcha, permite que hagan los 70 kilómetros de recorrido, incluidas las paradas, en una hora y veinte minutos.»

De la línea Conquista-Puertollano basta decir que los resultados del tiempo que se tiene en explotación son sumamente satisfactorios y recordar que se trata de una línea que tiene, en

el sentido del tráfico más intenso, rampas de una longitud total de 10 kilómetros y cuyas inclinaciones varían de 35 a 40 milésimas (el doble de la rampa de Pajares), por cuya razón se previó, desde un principio, el empleo de la tracción eléctrica, puesto que en estas condiciones «la tracción por vapor hubiera conducido a un trazado más largo y costoso y a una explotación lenta y difícil».

Los datos que acaban de exponerse permitirán formarse una idea de lo que son las electrificaciones españolas realizadas hasta el día, y explicarán la gran importancia de las electrificaciones proyectadas hace ya algunos años, y que diversas razones, debidas principalmente a dificultades de orden político y de orden financiero general, hayan impedido el que hasta la fecha no hayan empezado a realizarse.

Como consecuencia del plan Guadalhorce, que abordó el problema de la electrificación de ferrocarriles en conjunto, relacionándolo estrechamente con la creación de la Red Nacional de distribución de energía y de las centrales a pie de los embalses construídos para riego, se estudió la electrificación de aquellas secciones que las Compañías de ferrocarriles consideraban más apropiadas para implantar este sistema de tracción por causa de los inconvenientes y limitaciones que imponía el empleo del vapor, dadas las características de explotación y topográficas de aquéllas.

En el cuadro que sigue se resumen los proyectos que entonces se estudiaron y que se consideraban como lo que habría de ser la primera etapa de un programa serio de la electrificación española. Debe notarse que los presupuestos que figuran en el cuadro son algo antiguos y no pueden, por tanto, tomarse como definitivos en los momentos actuales. En ellos no figura la deducción que debe hacerse por el lote sobrante de locomotoras de vapor ni los beneficios por el aplazamiento en la realización de algunas doble-vías, ventajas ambas que figuraban en el proyecto Guadalhorce y que no deben omitirse en ningún estudio de esta clase.

COMPAÑIAS Y SECCIONES	LONGITUDES					IMPORTE ESPECIFICOS POR		Promedio del grupo de cada Compañia por km. de vía sencilla general
	Kilóme- tros de explana- ción	Vía sencilla general — Kms.	Vía sencilla total — Kms.	Importe aproximado del presupuesto	Potencia máxima — Kilovatios	Kilóme- tros de explana- ción	Kilómetros de vía sencilla general	
<i>Ferrocarriles Andaluces:</i>								
Bobadilla-Málaga.....	69,3	80,162	106,55	18.000.000	7.000	260.579	225.000	169.811
Guadix-Almería.....	99,5	105,976	129,47	21.000.000	6.800	211.055	198.113	162.280
Córdoba-Bélmez.....	71,0	75,993	86,07	16.000.000	6.000	225.493	210.526	186.046
	239,8	262,131	322,09	55.000.000	19.800			
<i>M. Z. A.:</i>								
Tarragona-Barcelona- Empalme.....	179,05	327,37	615,9	104.000.000	»	581.000	317.751	201.550
Mora la Nueva-Portbou...	353,85	582,55	859,9	165.000.000	60.000	466.360	283.261	191.918
Santa Cruz de Mudela- Espeluy.....	110,80	212,70	240,9	53.000.000	»	478.429	249.170	219.917
	643,68	1122,62	1656,7	322.000.000	60.000			
<i>Norte:</i>								
Madrid-Avila-Segovia.....	183,26	310,50	360,50	82.000.000	17.000	453.056	264.090	227.461
Bilbao-Miranda.....	103,92	145,00	173,00	30.000.000	7.000	288.461	205.896	173.410
Valencia-Encina-Castellón.	182,18	239,50	318,00	60.000.000	12.000	324.173	251.460	186.680
	469,36	695,00	851,50	172.000.000	36.000			
<i>Oeste:</i>								
Vigo-Santiago.....	112,46	135,91	173,07	23.000.000	5.000	205.357	170.380	132.270
	1465,30	2215,16	3402,79	572.000.000	120.800			

(Continuará.)

Diccionario de Autoridades

AMOR

El amor es un no sé qué, le envía no sé quién, viene por no sé dónde, se engendra no sé cómo, se siente no sé cuándo, se contenta no sé con qué, finalmente, mata y no sé por qué.

OVIDIO

BRACEROS

Se repartan entre todos los vecinos de los pueblos las tierras baldías y concejiles, por el derecho que cada uno tiene de ser arrendatario de ellas, además de la preferencia que dicta la equidad a favor de los braceros que carecen de tierras propias.

CAMPOMANES

CARGOS

No es un genio para todos los empleos, ni todos los puestos para cualquier ingenio, ya por superior, ya por vulgar. Tal vez se ajustará aquél y repugnará éste, y tal vez se unirán entrambos, o en la conformidad o en la desconveniencia.

Engaña muchas veces la pasión, y no pocas la obligación, barajando los empleos a los genios; vistiera prudente toga el que desgraciado arnés; acertado aforismo el de Chiló, conocerse y aplicarse.

BALTASAR GRACIÁN

DESTITUCIONES

Las provisiones de cargos principales, cuando salieren erradas, no se han de sustentar con títulos de honra del príncipe, interés o punto de sus consejeros, mas antes deben mudarse por bien de las provincias, por castigo de los proveídos y por ejemplo de los pretendientes.

JOAQUÍN SETANTI

ENVIDIA

Prefiero que mis enemigos me tengan envidia, que mis amigos me tengan odio.

CICERÓN

FELIPE II

Diò un Portugués à Philipo Segundo un Diamante, que le havia costado setenta mil ducados; y diciendo su Magestad: ¿Què pensabais quando empleasteis tan gran cantidad en essa piedra? Pensaba, Señor, (respondiò) que reynaba en España un Phelipe Segundo. Agradòle de modo à su Magestad la discreción, y despejo que mandò se le pagasse con gran ventaja.

DUQUE DE FRÍAS

GENTUZA

Cuán amiga sea la fortuna de gente ruin, pruébalo Aristóteles preguntando: ¿qué es la razón por que la mayor parte de las riquezas están en poder de los malos, y la pobreza en los buenos. Al cual problema responde que la fortuna es ciega y no tiene discreción para elegir lo mejor. Pero ésta es respuesta indigna de tan grande filósofo, porque ni hay fortuna que dé las riquezas a los hombres, y puesto caso que la hubiera, no da la razón por que favorece siempre a los malos y desecha los buenos.

La verdadera solución de esta pregunta es que los malos son muy ingeniosos y tienen fuerte imaginativa para engañar comprando y vendiendo, y saben granjear la hacienda y por donde se ha de adquirir. Y los buenos carecen de imaginativa, muchos de los cuales han querido imitar a los malos, y tratando con el dinero, en pocos días perdieron el caudal.

HUARTE DE SAN JUAN

HOMBRÍA

Hemos de pensar que no nos crió Dios para juegos ni para niñerías ni burlas, sino para cosas de importancia y de veras, para buen gobierno y regimiento, para cosas moderadas y templadas, para religión, para todo género de virtud y de honra.

LUIS VIVES

INTERVENCIONISMO

Al rey toca cuidar de que cada uno labre su tierra y de que la labre bien; no debe dejarse cosa tan importante como la labor al arbitrio del descuido y ociosidad de los pueblos, sino or-

denarles lo que les conviene y compelerles al oficio que les dió Dios.

PEDRO DE VALENCIA

LONGEVIDAD

Opinión fué de un filósofo, que los dioses, como son tan profundos en sus secretos y tan justos en sus obras, a los hombres que menos aprovechan en la república, a aquéllos alargan mucho más la vida; y si él no lo dijera, vémoslo nosotros por experiencia, porque a un bueno y que de la república es celoso, o le llevan los dioses, o le matan los enemigos, o le acaban los trabajos.

ANTONIO DE GUEVARA

MURMURADORES

Los murmuradores son como los que soplan en la tierra, que se ciegan con el polvo que levantan.

SAN GREGORIO

OICIO

El ocio arruina el alma, empobrece el cuerpo, hace al hombre lisonjero, parlero, novelero. El ocio, en fin, engendra a la pereza, enemiga de todo virtuoso ejercicio.

MELCHOR CANO

POLÍTICA

Pregúntasme de qué remedio te has de valer contra este hastío; y según la opinión de Antenodoro, el mejor fuera ocuparte en las cosas públicas, en su administración y en los

oficios civiles. Porque, al modo que algunos hombres pasan los días curtiendo sus cuerpos el sol en ocupaciones y ejercicios, y al modo que a los luchadores les es muy útil el gastar mucho tiempo en fortalecer los brazos para el ministerio a que se dedicaron; así a nosotros, que hemos de disponer los ánimos a la pelea de los negocios civiles, nos es fuera de conveniencia asistir siempre en la obra, porque con el intento de hacerse apto para ayudar a sus ciudadanos y a todos, viene a un mismo tiempo a ejercitarse, y a ser provechoso a otros, aquel que, puesto en medio de las ocupaciones, administró conforme a su caudal las cosas particulares y las públicas.

L. A. SÉNECA.

RIEGOS

Si miráis la tierra en fin de agosto, como han pasado por ella los calores del estío, veréis en esos buhedos unas aberturas y grietas y sartenejas, que parece que la tierra tiene sed, y que aquellas tajas y hendiduras son unas bocas que tiene abiertas hacia el cielo, esperando el agua que la ha de fertilizar, y como suspirando por ella.

ALONSO DE CABRERA

SUFRRIR

Quiero enseñarte a envidiar: Ten envidia del que supo sufrir, mas lástima del que nunca sufrió.

QUEVEDO

TIERRA

Es en nosotros un deber de humanidad tener a disposición de todos, los bienes que Dios quiso fuesen comunes, ya que a todos los hombres entregó la tierra para que se susten-

taran por sus frutos, y sólo la rabiosa codicia pudo acaparar para sí ese patrimonio divino.

JUAN DE MARIANA

VINO

El sueño y el vino son las dos cosas más contrarias que tiene la actividad.

COLUMELA

De Orbe Hispánico

La Sociedad de Arqueología Americana

LA SOCIEDAD DE ARQUEOLOGÍA AMERICANA

La noticia ha sido dada detalladamente por la prensa diaria: en Madrid se ha fundado una Sociedad, cuyo objeto es la Arqueología de América. Veamos nosotros ahora aquí, en comentario cordial, la significación alta que le cabe a esta entidad recién nacida.

La Arqueología americana es, como el americanismo en general, según acertada frase, «un océano de océanos». Los valores humanos de la Arqueología americana, es decir, los horizontes que nos presenta como auxiliar de la historia del hombre en el Nuevo Continente, son inmensos. La Arqueología de la América precolombina basta por sí sola (como dice muy bien el Profesor Max Uhle, de quien nos honramos en ser discípulos) para reconstruir de un modo definitivo toda la historia primitiva de los pueblos americanos, de sus luchas, progresos, emigraciones, etc. Pero no es sólo la Arqueología del Nuevo Mundo un auxiliar utilizable para la comprensión de la historia de los pueblos que produjeron los objetos, sino también la expresión de un arte, que, en este caso más que nunca, confirma las palabras del Profesor Lehmann cuando dice (en su *Mexikanische Kunst*): «*Kunst ist gewissermassen die Handschrift einer Kulturepoche, in der sich bestimmte oder unbestimmte Menschen künstlich betätigen*». El arte americano, esta firma de una época cultural, es también el medio por el cual podemos llegar a la comprensión del espíritu y de la filosofía de un pueblo, pueblos, mejor dicho, que no han dejado en este sentido herencia de ningún género. Pero no vamos a entrar ahora en la significación estricta de la Arqueología y del Arte americanos en sí. Analicemos cómo su valorización ha ido desarrollándose en general por el mun-

do de la ciencia. Creemos sinceramente que este es el momento de dar una mirada al pasado y conocer los orígenes, aclarando conceptos.

El estudio de los pueblos, en general, adolece del defecto de no diferenciar aún, o delimitar, de un modo exacto, los campos de la Etnografía y del estudio de los pueblos culturales, pues las enseñanzas de aquélla son a veces luces esclarecedoras para éste, y viceversa. Por ello encontramos entre los estudiosos muy mezcladas las dos características, y quien se aplica a los antiguos pueblos debe, por ejemplo, no desentenderse del conocimiento de las lenguas, hoy vivas aún, y de las costumbres actuales, como auxiliares de episodios muertos, que con la luz de éstas reviven a los ojos de la ciencia. A la inversa, quien estudia la moderna sociología, usos, emigraciones, etc., de los pueblos primitivos de hoy, debe conocer los textos de los historiadores originarios para comprender tradiciones culturales todavía existentes, pero sin sentido, y que necesitan ser aclaradas por medio de estos preciosos antecedentes.

Fueron los españoles, y rompamos aquí una lanza en contra de la leyenda negra, los primeros que tuvieron curiosidad *científica* (fijémonos bien en el vocablo) por las culturas que ellos iban a hacer desaparecer de hecho, como fatalmente tenía que suceder, pero que, gracias a ellos, viven en la historia del mundo; veamos por qué.

La leyenda (auténticamente negra) de la destrucción sistemática, no deja de ser un mito. Se destruyó, como era lógico, en una conquista, pero, en una época en que guerra era sinónimo de botín, se conservaron cantidades insospechadas de recuerdos. Si Zumárraga ordenó la desaparición de las pinturas de los mexicanos para hacer olvidar a éstos sus *idolatrías*, conforme a un criterio muy de su siglo, cuando aún en Europa brillaban los carbones de las hogueras en que perecieron tantos enemigos de la fe de Cristo, hacía que Fray Bernardino de Sahagún escribiera sus *doce libros*, salvando con ello toda una cultura, que de otra manera se hubiera hundido suavemente en el olvido, al contacto con las nuevas modalidades que de Oriente le venían.

Hasta llegar a Humboldt, figura con la que se nos quiere escamotear el verdadero descubrimiento de América y de sus valores más hondos, habían nacido y muerto millares (sin exageración) de curiosos del pasado de América. Lo que los españoles hicieron es hoy base exclusiva, como punto imprescindible de referencia. Quien intente traducir *nahuatl*, sólo tiene un diccionario: el de Molina, y sólo gramáticas españolas: las de Carocci, Rincón, Olmos y Molina. Quien quiera vocabularios de todas las lenguas americanas, sólo hallará en su camino nombres españoles; así sucedió cuando Catalina II de Rusia encargó a Mutis que le trajera colecciones de gramáticas, que después quedaron en España. En una época en la que los portugueses no nos dejaron casi nada escrito sobre la pasmosa cultura de Benín, los españoles amontonaban relación sobre relación. Las más de ellas formando ingentes montañas de legajos yacen aún en nuestros archivos y colecciones. Todo moderno estudioso de las antigüedades americanas, ya sea inglés, alemán, yanqui o sueco, ha de aprender necesariamente nuestra lengua para poder leer a Sahagún, Herrera, Acosta, Alva, Pachacuti, Calancha, Chimalpain, Cieza y cincuenta más, sin los cuales quedaría flotando en un vacío de ignorancia, incertidumbre e inconsciencia.

La línea de españoles no se interrumpe, vienen después nombres gloriosos, como Torquemada, muy conocido, o desconocidos casi, como Mariano Fernández de Echevarría y Veitia y D. Baltasar Jaime Martínez Compañón, obispo de Trujillo en el Perú, primer arqueólogo de América, en orden cronológico, pues en la excavación de la Huaca de Tantallac (de la cual proceden todos los vasos que él envió al rey y que hoy están en el Museo Arqueológico Nacional, noticia inédita que damos hoy por vez primera), en el año de 1784, utiliza la estratigrafía como método. Ciento veinte años más tarde (Stuttgart, 1904), Max Uhle presentaba a los ojos del Congreso de los Americanistas sus trabajos en Pachacamac con idéntico sistema. Con ello no queremos más que indicar la intuición genial del obispo de Trujillo del Perú.

Estos nombres españoles tienen en el siglo pasado y comienzos

del presente una gloriosa continuación, que parecía llamada a ser la llamarada final de tan fuerte lucir. Nos referimos a D. Marcos Jiménez de la Espada, el conde de la Viñaza y a D. Manuel Serrano y Sanz. No juegan un papel pequeño a su lado las colecciones de «Documentos Inéditos».

¿Qué habían hecho mientras tanto los primeros estudiosos de otras nacionalidades? Humboldt es el primero que tropezamos. Sus *Vues des Cordilleres* son más una obra sentimental y emotiva que puramente científica. A continuación aparecen Brasseur de Bourbourg y Wiener, el viajero, y tras ellos Tschudi, Rivero, Seler y Uhle, que son, estos dos últimos, el paso al presente, en que, contrastando con un agobiante silencio por parte de España, se van erigiendo las nuevas teorías cronológicas, migratorias y artísticas, con los nombres de Boas, Nordenskiöld, Spinden, Morley, Joyce, Rivet, Preuss, Kriekeberg, Lehmann, Duyuis, Kirchhoff, Krause, Imbelloni, Callegari, Schnetlage, Lehmann Nitsche, Disselhoff, etcétera.

Lo que España ha hecho a favor de estos estudios en los últimos cuarenta años es nulo. Mientras la ciencia americanista daba un salto de cien años, nosotros quedábamos atrás con un retraso que horroriza. El porqué del auge que ahora va adquiriendo este interés por América precolombina en nuestra patria no está aún claro; quizá la próxima reunión en Sevilla del Congreso Internacional de los Americanistas sea el motivo. Desde años existía la Unión Iberoamericana; sólo ahora fijó con tan definido interés la atención en una colección peruana. La Academia de la Historia guardó decenios íntegros la Colección Muñoz, y sólo ahora patrocina con entusiasmo exposiciones y cursos en la Universidad. La Junta de Ampliación de Estudios envió a los centros culturales extranjeros centenares de pensionados; sólo hace dos propuso al que esto firma para estudios de este género. Lo cierto es que hay un indudable movimiento en pro del estudio de América: nace el Seminario de Estudios Americanistas y la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid invita al Profesor Walter Lehmann, de Berlín.

Como colofón de este resurgimiento viene la fundación de esta

Sociedad. No somos nosotros quiénes para marcar un camino, pero indicar los gloriosos precedentes que España ha acumulado, es casi un deber.

La Sociedad que ahora nace tiene una vía firme y segura que recorrer, los objetivos que debe perseguir son claros: no debe ser (ni su título nos lo hace esperar) una entidad más *estrechadora de lazos*, sino una efectividad viva. Colecciones le esperan para catalogarlas y manuscritos y códices con *pinturas* aguardan en bibliotecas, museos y colecciones.

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

Berlín, julio 1935.

El Jardín de las Huérfanas

El presente informe tiene por objeto dar a conocer el estado de la industria en España durante el año 1934, comparando los datos obtenidos con los correspondientes al año anterior. El estudio se ha dividido en dos partes: la primera trata de la industria en general, y la segunda de la industria textil.

En el primer capítulo se exponen los datos relativos a la producción industrial en España durante el año 1934, comparados con los del año anterior. Se indica que la producción industrial en España durante el año 1934 ha sido inferior a la del año anterior, lo que se debe a las causas que se indican en el capítulo siguiente.

En el segundo capítulo se exponen los datos relativos a la industria textil en España durante el año 1934, comparados con los del año anterior. Se indica que la producción textil en España durante el año 1934 ha sido inferior a la del año anterior, lo que se debe a las causas que se indican en el capítulo siguiente.

INDUSTRIA TEXTIL EN ESPAÑA

El presente capítulo trata de la industria textil en España durante el año 1934, comparando los datos obtenidos con los correspondientes al año anterior. El estudio se ha dividido en dos partes: la primera trata de la industria textil en general, y la segunda de la industria textil en Cataluña.

En el primer capítulo se exponen los datos relativos a la producción textil en España durante el año 1934, comparados con los del año anterior. Se indica que la producción textil en España durante el año 1934 ha sido inferior a la del año anterior, lo que se debe a las causas que se indican en el capítulo siguiente.

En el segundo capítulo se exponen los datos relativos a la industria textil en Cataluña durante el año 1934, comparados con los del año anterior. Se indica que la producción textil en Cataluña durante el año 1934 ha sido inferior a la del año anterior, lo que se debe a las causas que se indican en el capítulo siguiente.

La Academia de Bellas Artes de Valladolid

El Jardín de las Hespérides

VALLADOLID

La Academia de Bellas Artes

La Academia de Bellas Artes de Valladolid

Merced a la iniciativa de D. Pedro Regalado Pérez Martínez de Matanza, seguida por su hermano D. Diego, D. José Raimundo de Ara, D. Gregorio de Miranda y otros varios señores, se acordó fundar en Valladolid, al igual de lo que en otras ciudades se había hecho, una Academia de Matemáticas y Dibujo, puesta bajo la advocación de la Purísima Concepción; y, en efecto, el 28 de octubre de 1779 dió principio la enseñanza en una sala de la cofradía penitencial de la Piedad. Dábanse las clases los lunes, miércoles y viernes.

Hizo la Academia la correspondiente representación y constituciones, y en 18 de enero de 1780 las pasó para su informe al Presidente de la Chancillería, juntamente con los estatutos de la Sociedad Económica de Madrid, que habían de servir de norma hasta la aprobación de otros propios.

La Academia, mientras tanto, iba progresando, y hubo que trasladar las clases a la Casa Consistorial. Se inauguraron las nuevas aulas en 25 de febrero de 1781, con tan buen éxito, que al poco tiempo fué necesario ampliarlas.

Por Real Cédula dada en El Pardo a 16 de febrero de 1783, el Rey Don Carlos III aprobó las constituciones de la Academia. Un año después, en 7 de enero de 1784, dió ésta su primera clase de Arquitectura, e hizo nuevos estatutos, que fueron aprobados en 28 de octubre de 1786. Pasando los años, la Academia

experimentó grandes progresos, y creyó llegado el caso de acudir al monarca para obtener los mismos privilegios que la Academia de San Carlos, de Valencia, y la de San Luis, de Zaragoza, tenían, respectivamente, por Reales Cédulas de 14 de febrero de 1768 y 18 de noviembre de 1792. Así lo concedió Carlos IV por Real orden de 30 de julio de 1802; pero como esta resolución no se comunicó entonces al Consejo, fué preciso que la confirmara por Real Cédula dada en El Escorial a 9 de octubre de 1807.

Ya de anterior se titulaba *Academia de Matemáticas y Nobles Artes de la Concepción de Valladolid*. Se dieron enseñanzas de Pintura y Escultura, a más de las de Arquitectura, ya dichas; y tal fué su desarrollo en todo, que se hizo preciso el traslado a un edificio capaz, sito en la hoy calle de Fray Luis de León. Más tarde se trasladó la Academia al Colegio de Santa Cruz.

Entrando luego la institución en la marcha y norma de las demás de España, hizo una labor fructífera. Llegaron los tiempos en que se separaron, con independencia propia, las enseñanzas de las Bellas Artes, hasta originar las modernas Escuelas de Artes y Oficios artísticos, y la Academia se redujo a su misión de centro informativo y científico, entrando en la organización general de las demás Academias de Bellas Artes.

Pero deseosa siempre la Academia de hacer algo en pro de la enseñanza artística, acordó la creación de una Escuela de Música, regentada por la sección de la misma especialidad; y obtuvo la correspondiente autorización para ello por Real orden de 26 de junio de 1911. Con gran satisfacción vió la Academia coronados sus afanes al reconocerse en 1928 la validez oficial de los estudios musicales, comprensivos de la completa enseñanza de solfeo y la elemental de piano y violín.

Paralela a esta labor docente, desarrolla la institución vallisoletana otra, no menos benemérita, de publicaciones. El *Boletín*, del que han aparecido catorce números es, para la cultura de Valladolid, voz de su historia y reflejo vivo de su arqueología. En este *Boletín* ha ido publicando la pléyade de escritores

de la ilustre ciudad espléndidos trabajos de erudición y crítica, cuyo elenco, bastante entresacado, es el siguiente :

AGAPITO Y REVILLA (Juan) :

Arte barroco en Valladolid.

Del escultor Jerónimo de Corral.

Un proyectado palacio real en Valladolid en el siglo XVI.

Las esculturas de Gregorio Fernández en la iglesia de Santa Teresa de Valladolid.

Olivares de Duero, villa de Abadengo, y su magno retablo de pintura.

Obras nuevas y nuevamente expuestas en el Museo Nacional de Escultura.

El Colegio Mayor de Santa Cruz.

ALONSO CORTÉS (Narciso) :

Sobre los amores de Gutierre de Cetina y su famoso madrigal.

Apuntes bibliográficos sobre traducciones de Guicciardini en España.

Algunas noticias sobre Pedro de Guadalupe.

Juan Cyrne.

Marcela o ¿a cuál de las tres?

Alonso Berruguete, señor de Villatoquite y su retablo de la Mejorada.

Noticias de D. Hernando de Acuña.

ANDRADE COELLO (Alejandro) :

Símbolos en el arte y en la vida.

ANTONIO (Félix) :

Un comentario sobre la canción popular.

ARRIBAS (Filemón) :

Ordenanzas de los bordadores de Valladolid.

Sobre las armas de Valladolid.

CERRO CORROCHANO (Tomás) :

Una comedia típica de Tirso de Molina : «Celos, con celos se curan».

MATTOS (Armando de) :

Una preciosa iluminación española.

MELE (Eugenio):

Sobre los amores de Gutierre de Cetina y su famoso madrigal.
Apuntes bibliográficos sobre traducciones de Guicciardini en España.

NAVARRO GARCÍA (Rafael):

Liberación y rescate de Villanubrales en el siglo XVI.
Noticia de unos pleitos eclesiásticos en Aguilar de Campos.
La exhumación de los comuneros (de expediente militar).

GARCÍA CHICO (Esteban):

La Orden Carmelitana en Medina de Ríoseco.

PÉREZ MÍNGUEZ (Fidel):

Doña Sancha Alfonso, Reina y Santa.

El broche áureo de estas actividades literarias de la Academia lo constituye la reproducción facsímil del *Diario Periciano*, periódico que se publicó en Valladolid de 1787 a 1788, cuyos ejemplares son hoy codiciada presa de bibliógrafos. Gracias al cuidado del docto Alonso Cortés y al apoyo de la Corporación que él preside, el *Diario Periciano* pone el tesoro de sus noticias en manos de todo el mundo, en dos bellos volúmenes, el segundo de los cuales está para salir.

Tal es la benemérita institución que perpetúa en la artística urbe castellana el espíritu de los Floranes, Beristains, Villodas y Larreas.

Los Trabajos y los Días

Teatro

Tribunas

Libros

Teatro

LOS PROBLEMAS DEL TEATRO ACTUAL

El mejor medio de comprender una cosa es conocer su origen. En la evolución las cosas se tornan complejas. Toman caracteres que no les son propios y a veces pierden algunos que les son necesarios. Este es el caso del teatro.

Su origen está oscuramente ligado con las ceremonias religiosas de los pueblos primitivos. El hombre ha sentido siempre la necesidad de parodiar los accidentes de su propia existencia; así, los combates, las cacerías, el juego del amor, han sido en todos los tiempos y en todos los lugares objeto de la necesidad imitativa de los hombres.

Se dice en el libro de Job: «Dios habla una vez y no vuelve a repetir una misma cosa». Pero los hombres, al fin y al cabo imperfectos, gustan de repetirlas. Es lástima que las cosas magníficas ocurran una sola vez; los hombres las imitan, vuelven sobre ellas y crean, sobre la realidad pasada, realidades nuevas. Realidades que de verdad no existen sino en un aspecto externo o plástico, porque en esta ficción el movimiento es anterior a la palabra. Dice Paul de Saint Víctor que el drama naciente, como el niño, se movía antes de hablar. Hay primeramente una ficción, una parodia, que sólo para lograr ser más perfecta se anexiona al lenguaje, y ya los seres evocados, a un tiempo reales e irreales, hablan.

El teatro, en su forma actual, comienza con Esquilo. Antes,



el actor único narraba un sucedido e imitaba a la persona representada. El coro —dividido por Frínicos en dos partes— daba la respuesta. Esquilo añade la segunda figura, y esta innovación —trascendental como ninguna otra— abre paso a la acción dramática. Frente al protagonista (el que más sufre), el antagonista. El Héroe puede ser discutido, el Rey contradicho. a las débiles contestaciones del coro suceden las respuestas precisas de otro personaje dotado de acción. Hermes, llegará hasta Prometeo encadenado; Clitemnestra, tenderá a los pies de Agamenón su engañosa alfombra de púrpura. Más tarde, Antígona y Creón podrán sostener su inmortal diálogo. Esquilo traza ya las líneas generales por las que ha de transcurrir todo el teatro.

Los personajes de Esquilo son a menudo sobrehumanos, inhumanos a veces, pero siempre de grandes proporciones. El dió, además, a la tragedia un carácter de grandiosidad que hasta entonces no se había soñado, rodeándola de gran pompa y aparato escénico. Inventó las máquinas, portadoras de realidad a los espectadores asombrados; merced a ellas, los cortesjos divinos, los alados hipogrifos, los combates y batallas de los héroes, no dejaban resquicio por donde pudiera desvanecerse la ilusión. A un tiempo, autor y director de sus obras, cuidaba de las danzas de los coros; de los trajes de los actores, de riqueza y vistosidad tal que más tarde fueron adoptados por los hierofantes que oficiaban en los sagrados misterios; y subió a la escena templos, altares y tumbas. Los actores llevaban máscaras, de las que él también modificó el aspecto y que hacía modelar según los tipos interpretados. Estas máscaras aumentaban las proporciones naturales lo mismo que los plastrones y los guantes destinados a dar un mayor tamaño a los miembros. Este atuendo prestaba a los actores un pavoroso aspecto (1).

Todo ello tenía algo de terrible y de obsesionante porque

(1) Jean Cocteau, hombre de teatro, montó su Antígona a la manera de Esquilo. Así dice en sus acotaciones: El conjunto evocando un carnaval sórdido y real, una familia de insectos.

sobrepasaba las dimensiones de la vida. Era tan verdadera esta impresión de cosa sobrenatural que sus tragedias causaban, que el público consideraba a Esquilo con temor. Le admiraban y le temían. Llegaron a acusarle de haber revelado los misterios sagrados, y una vez que durante una de sus representaciones se hundió una gradería, todos pensaron que había sido venganza divina, y, sin duda, así era, porque un teatro de las dimensiones del suyo tenía que agradar u ofender, pero no podía contar con la indiferencia de los dioses.

* * *

En el cauce de los siglos se forman, perduran o desaparecen las diversas escuelas y tendencias teatrales, más o menos remotamente enlazadas con Grecia, y llegamos a nuestros días y a considerar el estado del teatro actual.

Los medios de que el director teatral puede disponer ahora son ilimitados. Solamente la electricidad puede hacer de aquel que sepa manejarla un mago, como los que en los cuentos orientales hacen aparecer ante los espectadores atónitos las cosas más prodigiosas. Nubes, tormentas, sol o luna, día o noche, sombras, claroscuros y tantos otros efectos lumínicos pueden producirse con solo un empleo bien graduado e inteligente de la luz. Hay, además, los medios mecánicos con toda su técnica. La decoración más complicada puede desaparecer de la vista del espectador en un abrir y cerrar de ojos, escenarios enteros pueden subir o bajar ya montados. (En «La Chauve Souris» en el Atelier de París, se aprovechan los escenarios sucesivos para una espectacular subida por una escalera barroca). Hoy en día puede decirse que en teatro nada hay imposible.

Pero nadie lo diría; la realidad es triste. En Madrid apenas si cada año se da un espectáculo que merezca el nombre de tal. Las obras que se representan tienen un valor espectacular casi nulo, lo que no quiere decir que carezcan de otros valores. En teatro hay que distinguir el espíritu de la plástica. El espíritu es

lo menos teatral de estas dos dimensiones, el espíritu de una obra nos lo libra también la lectura, puesto que al leer imaginamos la acción que transcurre. De una manera vaga e imprecisa tal vez, pero vemos la acción teatral. Por eso la parte plástica es, desde nuestro punto de vista, la más importante, porque el teatro, para ser tal, necesita sobrepasar constantemente lo que de una obra leída habríamos imaginado. Se trata precisamente de sobrepasar nuestra imaginación. Yo pregunto a cualquier persona de buena fe e imaginación mediana si es esto lo que acontece en nuestro teatro. De continuo tiene el espectador, que quiere encontrar un placer en el espectáculo contemplado, que prestar valores que, en realidad, le eran debidos; ayudar con su imaginación a la acción que ante él transcurre; cerrar los ojos a los defectos; prestar cualidades de que el espectáculo carece; olvidar que la luz se ha encendido pronto o se ha apagado tarde; no advertir los trucos demasiado inocentes de la tramoya y tantas otras cosas. Nuestros directores de escena parecen creer que como sabemos que, si las acotaciones dicen «luz de sol», ese sol es un foco, nada importa que el espectador vea el foco; (de esta manera llegaríamos a negar la esencia misma del teatro). Resumiendo: o el espectador de imaginación da más de lo que le es dado, o se resigna a ver una acción más defectuosa aún de lo que con la lectura habría concebido. En ninguno de los dos casos podemos decir que el espectáculo sea un placer para el espectador. Una campaña por la plasticidad se ha hecho necesaria. Que lo que vemos sea bello, eso pedimos al teatro; que la acción que transcurra tenga una belleza independiente de la idea que se desarrolla. Esto es la acción estética.

Ese teatro en el que sólo hay diálogos y más diálogos; en el que el autor cree haber elevado el tono por haber puesto unas sentencias en boca de un personaje; ese teatro, en fin, en el que la acción nos la cuentan, pero no transcurre, no es verdadero teatro y hay que denunciarlo como tal. Que las cosas ocurran ante nosotros y que sean bellas.

El propio concepto del teatro francés está equivocado. La

concepción del teatro francés reposa siempre sobre el «esprit». Fundamentalmente carece casi en absoluto de plástica. Los «meteurs en scene» y directores procuran remediar este defecto. Los trajes y decoraciones suelen ser magníficos, los actores se compenetran de un modo admirable con el personaje representado. Pero con una interpretación a menudo perfecta, frente a una decoración de un gusto depurado y unos trajes de los mejores dibujantes, la acción estética no llega ni tan siquiera a existir, mientras que la idea, llena de intención y de gracia, cabrillea ante los espectadores (1).

Este teatro es divertido de ver, sí. Pero el mismo efecto nos causa leído. Topaze, encerrado en un volumen, sigue siendo una obra maestra y lo mismo «Vient de paraitre» y el teatro todo de Bourdet y el de Giraudoux incluso. Además este teatro, muy francés, pero representante de todo el occidente, ha llegado a un grado de perfección difícilmente superado, y es ley de vida el que las cosas, alcanzada la plena madurez, mueran.

Así hoy en día, si de verdad se piensa en renovar el teatro, hay que pensar en dar a la acción tanta importancia como a la idea y en dotarla, además, de una belleza que actualmente no tiene (2). Nada se conseguirá buscando nuevas ideas dominantes; una revolución dentro de los límites antiguos es siempre una revolución fracasada.

* * *

El teatro, según se desprende de su origen, es la repetición o la parodia de una cosa real, de un hecho que ha ocurrido o que pudo ocurrir. Tiene, pues, que tener realidad. Ahora bien,

(1) Según el crítico Lucien Buhech, la mayor virtud del teatro francés está en ser «un discours sur les passions».

(2) No hay que pensar en esas representaciones ridículas del bien llamado teatro americano. Nada hay más lejos que esto de lo que llamamos aquí teatro de acción, sobreentendiendo que siempre hablamos de acción teatral o estética.

lo real no siempre es bello y a menudo es feo. ¿Cómo unir la realidad con la acción estética?

La realidad teatral es la transposición de lo que llamamos realidad real a un plano relativo, que es la escena. Las cosas, aunque se trate de leyes inmutables, pierden sobre ella su valor absoluto y solamente conservan su proporción interna. Por ejemplo, una hora puede ser en la escena treinta minutos o quince, pero estos minutos han de ser nuevos minutos que han de guardar su proporción de 60 a uno con esta nueva hora. Por eso no importa que una comida dure menos que lo que dura en general una comida, si todas las otras cosas guardan su relación de tiempo.

En cambio, el espacio es el peor enemigo de un director de escena. El espacio no puede ser reducido a un valor relativo por la razón de que la figura humana trae constantemente la realidad real ante los ojos del espectador. Por esta causa serán pocos cuantos esfuerzos se hagan por romper el marco, siempre demasiado estrecho, de los escenarios.

La realidad de acción ha de ser siempre vista a través de un prisma, sea éste el que fuere. No es posible subir a la escena la realidad tal cual es —el realismo— (muchos dirán: la vida), que siempre resultaría inferior a la vida misma. Ese afán de mal pintor —cazador de paisajes— que se afana por lograr un parecido que tan fácilmente conseguiría con una cámara fotográfica, no es tampoco admisible en teatro.

La realidad, vista a través de un prisma, tiene siempre que tener cierta grandeza. Esta realidad que no es la real, sino la imaginativa o imaginada, porque en teatro pueden ser reales una ninfa o un fauno con tal de que no estén en desacuerdo con nuestra idea de la ninfa o el fauno, mientras que siempre será irreal un viejo en el cual veamos que sus arrugas son pintadas, o una actriz cuya figura no esté de acuerdo con el papel que represente.

Reinhart varía la intensidad de la luz según que la acción transcurra a las tres de la tarde o al mediodía. Sólo una persona que de esta manera cuida de los detalles, puede conseguir

un espectáculo como el del Fausto, montado por él en Salzburgo, en el que todo es real, desde la escena —la ciudad, sería mejor decir— construída en distintos planos y de espacio tal que toda la obra se representa sin mutaciones, hasta las brujas y el aquelarre (en el cual en una luz confusa se ven contornos de figuras incomprensibles y unos seres que parecen escapados de un cuadro de Bruêghel vuelan, saltan o se arrastran, y tan pronto parecen despedir luz como recibirla, hasta que —la fiesta demoníaca ya en su cúspide— unas posesas —mancha parda con reflejos rojos— izan una horca de la que pende un esqueleto, y bruscamente todo desaparece con un gran grito). Todo es allí real de realidad imaginada, que es la realidad que nunca está en desacuerdo con nuestra idea profunda de las cosas.

* * *

Ante este punto de vista sólo hay un género irremediablemente condenado: la ópera, en el cual la falta necesaria de realidad tiene que producir en el público un efecto cómico. Nada vale ante esto el esfuerzo que ordinariamente se realiza para su representación; la ópera mejor representada, sólo consigue que su comicidad resulte más fina. Ya Serge de Diaghilew —gran maestro— señalaba esta muerte terrible: «La muerte de la ópera —decía— arrastrará tras de sí a todo el teatro». Poco falta para que esto suceda.

Muy distinto es el caso del *ballet*. En el *ballet* nos llevan desde el primer momento a un plano que nos es desconocido, a una atmósfera que no nos es familiar. Cuando el telón se levanta sobre unas Sylphides colocadas en blanco sobre un fondo verde de jardín, comprendemos, con sólo ver su postura, que su hora no está en nuestros relojes, ni su noche en nuestro tiempo, ni su luna en nuestro cielo. Bailan, y al bailar expresan el amor, la lucha contra el destino adverso y el triunfo final del héroe, como en los Presagios; o la pasión desencadenada de esas mujeres orientales, demasiado tiempo dormidas

sobre sus gasas, en Scheherezade. El movimiento es su único medio de expresión, y en esto no hay choque alguno con nuestra idea de realidad profunda, como no la habría si viéramos que eran extrañas las costumbres, para nosotros todavía incógnitas, de los habitantes de un planeta lejano.

* * *

Hoy día se zurce, se remienda y se dan mil vueltas a las ideas comúnmente explotadas en el teatro. Los autores remontan los siglos en busca de lo clásico, pero los pocos temas que aún conservan su frescura, también se secarán pronto. El teatro occidental está saturado —agobiado sería mejor decir— de ingenio.

Frente a los zurcidores, frente a los remendadores, abogamos por un teatro de nueva hechura. Queremos un teatro estético que sepa halagar a los ojos.

LUIS ESCOBAR

Tribunas

En las calendas de julio Ramiro de Maeztu ingresó en la Academia Española. Pocos hombres traspasan los umbrales de la docta corporación, dejando a sus espaldas mayor estela de luz. Luz, más que calor, eso es Maeztu, al revés de lo que él dijo de Giner, «más llama que luz». Luz la de Maeztu traída a España, centella a centella, de todas las antorchas de Europa. Entra en la Academia harto de repartir el pan espiritual de la cultura. afanosamente ganado, con sudor noble agenciado, generosamente repartido. ¡Qué espíritu el de Maeztu, para haber sumado sus esfuerzos a otros esfuerzos análogos a los suyos, y de los cuales le aparta el pérfido destino!

Saboreemos estos bellos párrafo de su discurso de recepción

en la Academia, obra de orfebre literario, en que el moralista filósofo y el periodista poeta trabajan de consuno :

«Ya en los comienzos del siglo XV nos encontramos el «Dezir», de Ferrant Sánchez Talavera, que pasaría por ser una de las mejores composiciones de la Edad Media si no invitara, y aun provocara, la comparación con las coplas de Manrique :

Pues, do los imperios e do los poderes
 rreynos, rrentas e los señoríos,
 a do los orgullos, las famas e brios,
 a do las empresas, a dos los traheres?
 A do las çiencias, a do los saberes,
 a do los maestros de la poetria;
 a do los rrymares de grant maestria,
 a do los cantares, a do los tañeres?

»Las coplas de Manrique no son únicamente la flor de nuestra lírica, sino un acontecimiento histórico. Que la víspera de hacerse nuestra unidad nacional, que la antevíspera de descubrirse el Continente donde había de establecerse nuestro imperio ultramarino, que en el momento mismo de transformarse nuestro romance en una de las grandes hablas de la cultura, apareciese un poema de perfección nunca igualada, en el que se dijera que los imperios y ejércitos y riquezas, y los Infantes de Aragón y «tanta invención como trajeron» y «las músicas acordadas que tañían», no son sino bienes efímeros, «verduras de las eras», «rocíos de los prados», tenía que ejercer influencia imborrable no sólo sobre los poetas, sino sobre cuantos hombres habían de dirigir en siglos posteriores nuestros poderes temporales y espirituales, al punto de que nunca llegaron a considerar nuestro imperio y cultura como bienes definitivos y finales, sino más bien como medios para alcanzar «el vivir, que es perdurable», cantado por Manrique, por lo que, en rigor, este estudio ha debido extenderse a todas nuestras instituciones y modalidades del espíritu, porque en todas es sensible la huella que ha dejado la creencia en la transitoriedad de nuestros bie-



nes mundanales, y si lo limitamos a la poesía lírica no es sólo por la necesidad de expresar nuestro pensamiento en una hora, sino porque la lírica viene a ser como el elemento común y primario de todas las artes y, aunque sea inagotable la complejidad que puede encontrarse en cualquier verso, porque en él se funden las artes plásticas y la música, la Naturaleza y el alma humana, el pensamiento y la palabra, el ideal y la realidad, no es menos cierto que la «liricita», el lirismo, es lo que hay de común en todas las artes y en la esencia misma de la vida, porque casi se confunde con la espiritualidad del afecto amoroso.»

.....

«A partir de las coplas, no hay vate español que, al cruzarse en su camino con el tema del gran rasero de la muerte, no lo sienta vibrar en la caja de resonancia de su religión, sus recuerdos literarios, su propia vida y la historia de su patria. Es tema apropiado para suscitar los sentimientos más profundos. Cuenta, por adelantado, con la simpatía de su lector o de su oyente, porque se trata de un afecto universal. Verdad que esta misma universalidad requiere que se exprese con dignidad y sencillez, pero estas dos virtudes sólo se llegan a unir en la grandeza.

»Puede hallarse en Boscán :

No es perpetuo el placer, ni lo es el llanto.

»Seguramente se encuentra en Cristóbal de Castillejo :

A las tierras de Madrid
hemos de ir;
todos hemos de morir.

»Garcilaso da al tema de la muerte la interpretación horaciana, el *carpe diem*, aprovéchate de la ocasión antes de que sea tarde, y que se anticipa a Ronsard, en toda una generación, para decirnos :

Coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera,
por no hacer mudanza en su costumbre.

»Los versos más celebrados de Santa Teresa parecen dar por conocidos los de Manrique y seguir adelante. Así cuando comenta aquellos otros que rezan :

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

como cuando puede exclamar triunfalmente :

Un alma en Dios escondida
¿qué tiene que desear
sino amar y más amar,
y en amor toda encendida
tornarte de nuevo a amar?

»Este es el anverso de la medalla. El alma se concentra en el «vivir, que es perdurable», por lo mismo que está persuadida de la fugacidad de los bienes temporales. Tampoco en Montemayor falta el eco de Manrique :

Pasados contentamientos.
¿qué queréis?
dejadme, no me canséis.

»Fray Luis de León no se fatiga de expresar el menosprecio que la vida mundana le inspira :

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo?»

Se ve al Maeztu de todos los días, preocupado social y moralmente sobre las lindas estrofas de nuestros líricos. Aun la

lírca le sabe a ese rejalgar ascético que secularmente ha sido tan gustoso al paladar español.

La tribuna de la Academia debió evocar los acentos de aquel otro discurso de recepción «sobre la poesía mística española». En esta solemnidad análoga, también ahora la poesía española mostró, por obra de Maeztu, la vena ascético-moral que corre por sus entrañas.

Libros

TAPIA BOLÍVAR (Daniel): *San Juan*.

Tríptico: Un santo, un escritor y un político.

Bellamente impresa. Artísticamente escrita. Un muchacho que se regodea en el estilo. La sombra de Miró se proyecta lejana, perdida, sobre este libro. Ni piedad, ni escepticismo esculpen este *San Juan*. Es una figura exclusivamente literaria. Manos de escritor concienzudo, con *pose* de despreocupado, la han esculpido. Y, aunque no lo sepa el joven Tapia, cierto amor a su *héroe* crece lentamente de capítulo en capítulo. Todo creador ama su obra. *San Juan* también, burla burlando, ha ido ganando el corazón de su autor. «Vejez» está casi al final del libro:

«Ahora San Juan ya puede recordar con entera libertad. Cuando vuelve la vista hacia atrás, no hay temor de que el polvo levantado en la senda recién recorrida de su vida, le oculte los claros paisajes de su infancia. El alado santo apenas si ha removido la tierra con sus leves pisadas. Por su imaginación cruza, precisa y preciosa, la luz cenicienta de aquellos despertares en que *muy de mañana*, y *aun muy de noche*, su padre le hacía abandonar el lecho para ir a pescar. ¡Qué bien se acuerda del río, que corría también cual si acabase de despertar, y del lago, dormido aún y silencioso siempre!... ¡Y con cuánta

exactitud y un poco de repugnancia, por qué no decirlo, piensa en aquellos peces que, dentro y fuera del agua, vivos o no, tenían ya cara de ahogados!...

En su recuerdo, impregnado de ternura, llora más que nunca el sauce que dió fresca sombra a su niñez lejana. Ya no es un sauce, sino un ciprés el que proyecta, ante él, su sombra fría. Enhiesto «gnomon» que va a marcar en la tierra las últimas horas de tan santa existencia. Palo mayor de este navio encallado que es la isla de Patmos. Arbol melancólico, lágrima y suspiro a un tiempo, cuya sombra, prolongada y estrecha, se ciñe al suelo como el pesado cuerpo de un muerto tendido a la larga.»

En esa dulce luz crepuscular en que Daniel Tapia sume al Evangelista, el alma del escritor, muchacho y concienzudo, se halla a sí misma, interpreta, se lanza en su obra: *San Juan es viejo desde su más tierna infancia*.

MONTOTO (Cástor): *Don Luis Montoto, bosquejo biográfico*.

¡Bien venida sea una biografía de un escritor español! Los historiadores de la literatura bendecirán la hora en que al Registrador del Puerto de Santa María, el ático «Gustavo Luis», se le ocurrió la idea de publicar la vida de su ilustre progenitor. Es España el país más descuidado del mundo en punto a biografías. Las figuras de primer orden, y no digamos las de planos secundarios, carecen de un mal bosquejo historial. De ahí la angustia del que quiere escribir sobre cualquier tema, al encontrarse con que tiene que hacérselo todo: el tema y todos los temas colindantes.

Cástor Montoto nos da un detallado, documentado y fidedigno bosquejo biográfico de aquel ilustre poeta y escritor, que llenó cuarenta años de la historia de Sevilla. Hay amor filial en la obra, y si no lo hubiera, éste sería su capital defecto; pero hay mucha verdad en todo lo que escribe, y hay mucha pulcritud y lindeza en la manera de decirlo. El lema del libro

debía ser: «Dichosa la rama que al tronco sale». Pero el sentido ideológico del proverbio anima la carta-prólogo del insigne Rodríguez Marín, amigo y compañero de armas del biografiado.

ESTRADA (Justo): *La gitana de Gil Robles*. Reportaje humorístico en diez conversaciones.

Leímos hace poco un poema escénico de Justo Estrada, con el título «Felipe II, el Rey calumniado». No creíamos que el coturno se cambiase por el zueco tan fácilmente. Pero hay talentos para todo.

Gil Robles gana los medios literarios. Este librito hace del jefe de Acción Popular materia poética. En tiempos del Cid se requerían unos ochenta años para que la realidad histórica se transformase en tema épico. Ahora andamos más de prisa.

Una gitana se encuentra al joven Gil Robles, hace años, y le dice... pero será mejor que los lectores asistan a la escena construída por Justo Estrada.

«Un joven robusto —hace de esto muchos años, todavía no conocía las hazañas más famosas de la historia—, de faz serena y vigorosa mirada, llamado José María Gil Robles, paseaba la elocuencia de su voz potente por sobre los ámbitos de la ciudad. Las comadres, unas decían que había ido a retratarse sobre una de las almenas del castillo, con un sabor de época legendaria; otras, que había ido a ensayarse y adquirir ademanes y gestos de grandeza para el futuro —el futuro es hoy—, y otras, quizá las más cautas, decían que era una visita de carácter romántico sentimental por el solar de sus mayores. Lo cierto es que, al contemplarle una de las gitanas, dijo a sus compañeras al estilo de Don Quijote: «Con un gran zñor himuz topao». Afirmó sus manos en las caderas, enderezó su busto, paladeó la saliva y se fué hacia el señor. «¡Por zuz muertos, una perrita para mis mengues, que no han comío!» —eran las cuatro de la tarde—, le dijo. José María no pudo escuchar más. El recuerdo de la estatua o el deseo de alejamiento de la gitana —vaya usted a sa-

her—, impelieron su mano derecha al bolsillo del chaleco —sí, en el del chaleco guardaba entonces la calderilla—, y, sacando una moneda de diez céntimos, la depositó en la mano de la gitana, cuyo color recuerdo que estaba a tono con la renegrida y mugrienta ciudad.

La gitana, con aquel tesoro tan fácilmente adquirido, y del cual estaba segura que no la iban a despojar los «bandidos» de los *ceviles*, que no la perdían de vista, hubiera besado a Gil Robles en señal de agradecimiento; pero se conformó con pedir al cielo, para él, toda clase de bienandanzas, y terminar su oración diciendo, a la vez que apuntaba para los guardias: «Tiene uzte cara de meniztro, y azí debía zer el de la guerra, pa que no maltratazen a naide y tuviesen pan tóos los churumbel». El coro de gitanas que acompañaba a la protagonista, descorchando el garrafón de su elocuencia, agradecida, vociferó: lo der cuerpesito de emperaor, la fortuna que le busca para entregarle un tezero, la mujer que sufre tormento de celo y amores y la otra que acecha vengativa pero que no triunfará, y er caminito de flores por donde ze había de deslizar su vida; que Gil Robles escuchaba incrédulo y compasivo.»

El Sr. Estrada tiene sobre sí el pecado de no habernos dicho la profecía de la gitana hasta después de cumplida. La filosofía de la historia, dijo no sé quién, es el arte de profetizar lo ya sucedido. En cuanto a los quilates del humorismo de Justo Estrada, es cuestión de gustos.

M. HERRERO-GARCIA